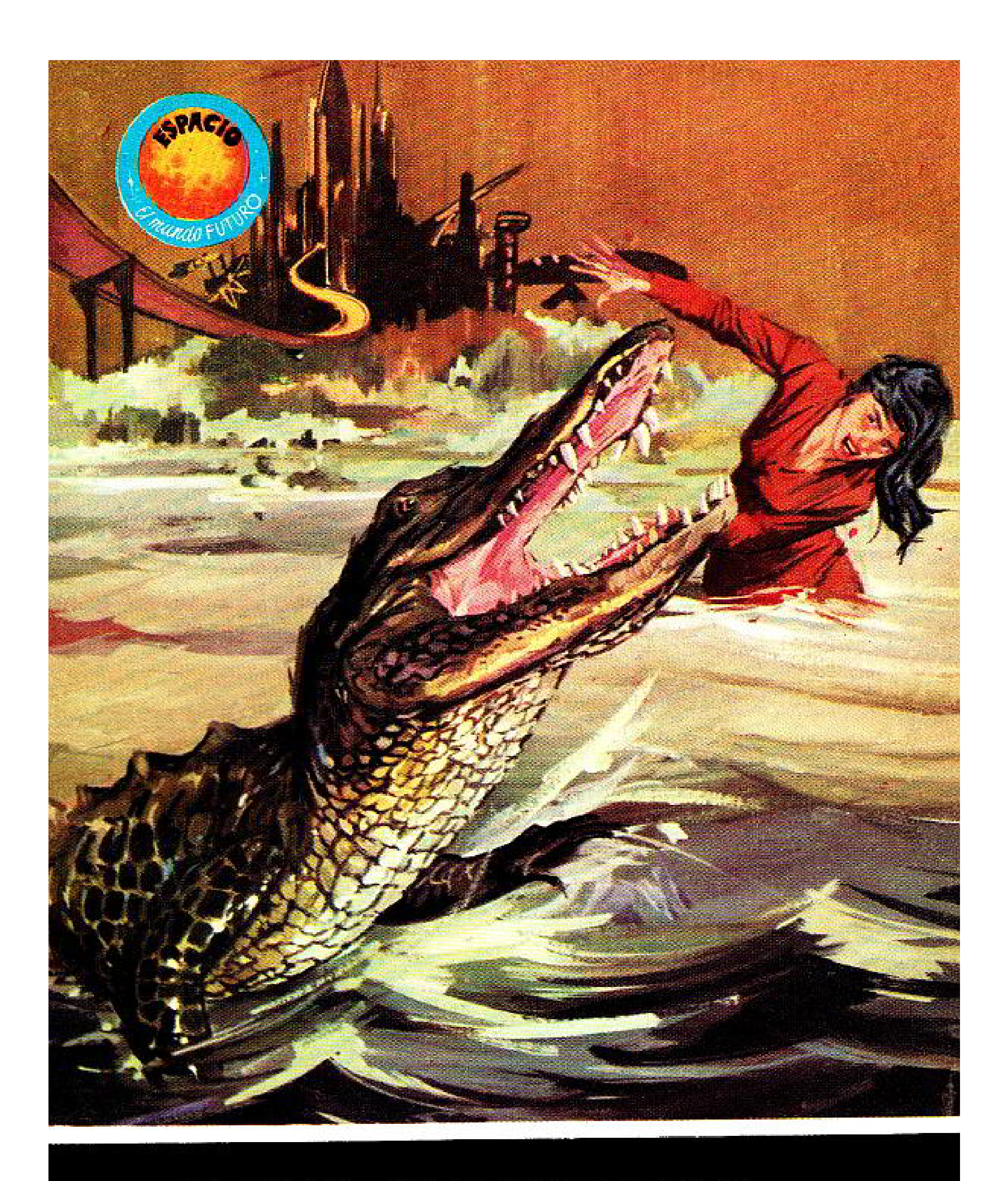


LOS SAURIOS

Peter kapra

El joven y apuesto Sven Gueda saludó desde la puerta.

—Buenos días, profesor.

Como si hubiese recibido un sobresalto, el hombre de cierta edad, cabellos enteramente blancos y gafas cabalgando sobre una abultada nariz, se volvió en redondo.

—¡Ah, Sven!… No he oído la puerta exterior…

—La ha dejado abierta la señorita María. Se está poniendo la bata. —Sven Gueda sonrió, mientras empezaba a despojarse de su «passa», especie de capa corta, modelo siglo XXII, y se quedaba con el ajustado «tuy» que modelaba perfectamente su figura atlética.



Peter Kapra

Los saurios

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 362

ePub r1.0
LDS 07.12.18

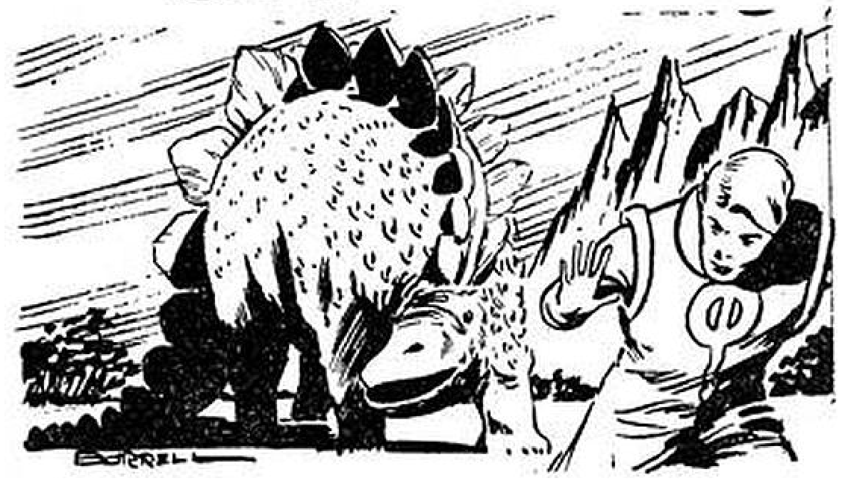
Título original: *Los saurios*
Peter Kapra, 1965
Cubierta: Editorial Toray
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Muchos de nosotros viviremos lo suficiente para asistir al comienzo de una Era de intensa exploración que ampliará los horizontes mentales de la humanidad.

(«Los mundos vecinos», de V. A. Firsoff).

Los SAURIOS



PRÓLOGO

«Albor-Sa-12» descansaba sobre una meseta azul. Su cono apuntaba a un sol extraño.

Aquél no era su mundo.

Los tres terrestres. —Briggs, A. C. Nebbia y «Old» Heide— habían abandonado la nave. Les fascinaba aquel suelo poroso, negruzco y blando, como si estuviese hecho de extrañas esporas.

Aquel mundo sideral se llamaba Geis, y pertenecía al sistema de Próxima Centauro, situado a cuatro años y medio luz del Sol.

¡Una considerable distancia, exorbitante, para que el hombre pudiera recorrerla en las antiguas espacionaves siderales!

En cambio, a bordo de la «Albor-Sa-12», a propulsión «hiperlumínica», la enorme distancia podía ser recorrida en poco más de siete meses, utilizando órbitas galácticas tipo «Kandem».

Briggs, A. C. Nebbia y «Old» Heide eran los primeros astronautas que llegaban a Geis, y su hazaña era seguida en La Tierra con una expectación rayana en el frenesí.

—No hay peligro —dijo «Old» Heide—. Mi viejo olfato no me engaña nunca.

A través de los intercomunicadores, Briggs y A. C. Nebbia oyeron la voz cansina y gangosa de su veterano compañero. Lo que decía «Old» Heide era considerado como «vox Dei». ¡Tenían tanto que aprender de él!

—Daría algo por poder quitarme el casco escafandra y comerme una buena hamburguesa con salsa italiana —añadió Briggs, que sentía la sequedad de aquel mundo extraño, como si pudiera atravesar su recio traje de vacío.

Daba la sensación de que hollaban una enorme esponja

deshidratada. Incluso las esporas del suelo parecían cuerpos deformes encogidos por la falta de agua.

El cielo era azul, de oxígeno puro, y un sol radiante, inmenso, luminoso, lo abrasaba todo.

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó A. C. Nebbia, sudando dentro de su traje de vacío.

—Recoger muestras del suelo.

De sus cintos pendían unas pequeñas maletas cuadradas. Abrieron una y extrajeron unas plateadas pinzas. Con ellas en la mano, tras los flexibles guantes metálicos, «Old» Heide recogió muestras del suelo y las guardó en los distintos departamentos de la maleta.

No pudieron hacer nada más.

Todo Geis ofrecía aquel aspecto monótono y aburrido.

Lo habían circunvalado durante una semana, volando a escasa altura, hasta comprobar que estaba deshabitado, muerto. No existía el menor asomo de vida.

Y las únicas manchas irregulares en aquel paisaje anodino, insustancial, eran las mesetas de color azul, cubiertas de esporas negras.

—Tengo la sensación de estar pisando una inmensa alfombra de caviar —comentó Briggs.

—¡No nos vendría mal que esto fuese caviar! —exclamó A. C. Nebbia—. Una botella de «*champagne*» francés y a pasarlo a lo grande.

El grupo expedicionario podía permitirse el lujo de gastar bromas. En realidad, hacía años que renunciaron a la vida. Su existencia entera se hallaba dedicada a la exploración científica, como el monje se dedicaba a la oración y al trabajo.

—¿Qué entiendes tú por pasarlo a lo grande? —preguntó «Old» Heide, sonriendo.

El otro se quedó cortado.

—Pues… Eso, a lo grande… Clubs de diversión, chicas, música…

—Me parece que has equivocado el camino, A. C. Ésos son sueños que no nos están permitidos. Nuestra misión es mucho más seria que todo eso, y nuestro fin será el de todos… ¡No volver!

Los tres rostros se ensombrecieron.

Aunque no estaban tristes. Su vida era aquélla.

* * *

Mientras, en «Albor-Sa-12», la astronave plateada que descansaba sobre la meseta o túmulo azul, ocurría una cosa extraña. Uno de los astronautas, A.
C. Nebbia
precisamente, al salir, había volcado, sin darse cuenta, un recipiente de agua de la empleada durante los largos vuelos siderales para apagar la sed.

Habían bebido algo más de la cuenta durante la exploración aérea de Geis. Los higrómetros habían indicado «humedad-cero». Y esto secó sus gargantas.

Pero el vaso volcado cayó sobre el piso metálico.

Como «Albor-Sa-12» estaba ligeramente inclinada, el líquido se deslizó hacia la compuerta. Y, pese a la hermética juntura que la cerraba, como si fuese absorbida por la sequedad externa, algunas gotas de agua salieron al exterior, cayendo sobre las escasas esporas negruzcas que había sobre la meseta.

Algo ocurrió casi instantáneamente.

Un minúsculo óvulo negro se agitó al sentir la humedad sobre su caparazón. Vibró, por así decir, ¡y pronto empezó a hincharse y a crecer de tamaño!

De haber podido verlo con un potente microscopio, se habría observado algo así como una infinitésima lagartija que surgía del óvulo resquebrajado. Y el minúsculo insecto —¿qué otro nombre se le podía dar?— avanzó con sus cuatro extremidades rudimentarias en dirección a uno de los soportes metálicos de la astronave.

Avanzaba despacio, tanto que, para recorrer un metro y medio que le separaba del lugar desde donde fecundó su óvulo al contacto con el agua hasta el pie del trípode, estuvo más de media hora.

Entretanto, los tres astronautas, después de recoger las muestras y encerrarlas en las maletas del equipo portátil, regresaron a la nave y penetraron en ella.

En aquel instante, el «radio» —así llamaban a un aparato de comunicaciones que en nada se parecía al descubierto dos siglos atrás por Marconi— estaba llamando.

«Old» Heide se encargó de establecer la comunicación.

Una voz metálica y autoritaria sonó dentro de «Albor-Sa-12».

—¿Dónde estabais? ¡Hace diez minutos que llamo!

—Lo siento, Jefe —respondió «Old»—. Habíamos salido a recoger muestras del suelo.

—¡Siempre debe quedar uno en la nave! —rugió la voz a través de la «radio»—. Así lo disponen las ordenanzas.

—Pero yo no vi peligro alguno… Y como sólo se sale una vez…

—¡No tiene excusa, Heide! Una sola irresponsabilidad es suficiente para ser relevado de su cargo.

—Pero, Jefe, atienda. Este planeta está vacío. No hay nada en él, como pudo usted ver por las telefotos que…

—¡No replique, Heide! Le ordeno regresar inmediatamente a la Base. El capitán Briggs tomará el mando de «Albor-Sa-12». Considérese usted suspendido de empleo y salario.

No hubo discusión. Habían faltado a las órdenes y, en un trabajo como aquél, la más mínima desobediencia podría ser fatal.

¡La fatalidad, empero, no había hecho más que cebarse en ellos: ninguno de los tres pudo volver vivo a La Tierra!

¡Sufrieron una muerte horrible!

CAPÍTULO PRIMERO

El joven y apuesto Sven Gueda saludó desde la puerta.

—Buenos días, profesor.

Como si hubiese recibido un sobresalto, el hombre de cierta edad, cabellos enteramente blancos y gafas cabalgando sobre una abultada nariz, se volvió en redondo.

—¡Ah, Sven!… No he oído la puerta exterior…

—La ha dejado abierta la señorita María. Se está poniendo la bata. —Sven Gueda sonrió, mientras empezaba a despojarse de su «passa», especie de capa corta, modelo siglo XXII, y se quedaba con el ajustado «tuy» que modelaba perfectamente su figura atlética.

—María Atoyac es una eficiente biólogo y me fascina su trabajo —añadió el profesor Libman—. Pero está dominada por una desmedida coquetería.

Sven Gueda se sonrojó y se volvió de espaldas.

¡Conocía de sobras la coquetería de la biólogo mejicana: él era blanco directo de reticencias, insinuaciones y velados requiebros!

Tomó Sven la bata blanca que colgaba del «archivo», o inmensa jaula dividida en compartimientos y en donde podía encontrarse las más variadas especies de pequeños animales extraterrestres, y se la puso.

La «passa» la dejó sobre una mesa.

Precisamente por temor a María Atoyac, Sven Gueda prefería no pasar por el vestuario. Estaba seguro de que la mujer de los fascinantes ojos negros estaría allí, esperándole.

—No lo crea, profesor Libman —mintió Sven—. Al entrar aquí se olvida de su sexo.

Libman hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Si yo fuese joven y soltero, como tú, amigo mío, no vacilaría

en casarme con ella. Por mucho que busques, nunca encontrarás una mujer tan inteligente y bella como…

—¡Por favor, profesor! —protestó Sven, defendiéndose—. El amor no es un cromosoma que se puede injertar y cambiar las inclinaciones…

—El amor es algo divino, querido Sven —habló desde la puerta, a espaldas del joven biólogo, una mujer que había aparecido allí.

—¡María! —Sven se volvió, sorprendido y cortado.

—Vea usted a los jóvenes de nuestra sociedad técnica, profesor Libman —continuó la mujer, que no tendría más de veinticinco años, era alta, bien proporcionada y su rostro, a fuer de fascinante, era maravilloso—. Siempre ha sido el hombre quien ha buscado a la mujer. Ahora, que la humanidad ha superado ese estúpido anacronismo, y es la mujer quien puede elegir al hombre de sus sueños, resulta que mi galán me huye constantemente.

—¡Por favor, María! —protestó Sven, cohibido—. Esto es un laboratorio, no un…

—Ayer te llamé diez veces a tu apartamiento —insistió ella—. ¡Y ni te dignaste contestarme!

—Estaba absorto en mi trabajo.

—¡Vamos, vamos! Dejadlo ya —intervino el profesor Libman, conciliador, yendo hacia la hermosa y morena azteca, a la cual pasó un brazo sobre los hombros—. Deja pasar el tiempo. Estoy seguro de que Sven acabará dándose cuenta de lo mucho que vales. Ahora, dedícate a tus ammonites marcianos. La Comisión de Ciencias está esperando ese informe.

—¿Qué tengo yo hoy, profesor? —preguntó Sven, respirando aliviado ante el sesgo que había tomado la conversación.

—¿Hiciste la vivisección del lacerta venusis?

—Sí. Transcribí mi informe a la Sección Zoológica el viernes por la tarde. Dejé copia sobre la mesa de usted.

—Muy bien, muy bien, Sven. ¿Todo correcto?

—Sí. Pero… Observé ciertas anomalías que merecen un más detenido estudio de la Sección Zoológica. No creo que haya habido confusión en la clasificación de la especie.

—¿Dudas que pueda tratarse de un lacerta venusis? —preguntó Libman, arqueando las cejas.

—No, ¡claro que no! Pero, quizá, se trataba de un ejemplar que

debió de sufrir alguna enfermedad ósea.

—Bueno, si existe la menor duda —declaró el profesor Libman, jefe del laboratorio de Biología del Centro de Estudios Zoológicos de la Universidad de Méjico
(C. E. Z. U. M.)
—, lo mejor que puedes hacer es iniciar de nuevo el estudio con otro ejemplar.

—Eso había pensado hacer.

—Quizá nuestro colaborador está enamorado y descuida un poco su trabajo —intervino María Atoyac, con cierta mordacidad.

—¡Basta, María! —atajó Libman, serio—. Dejemos eso ahora. No hagas que me enfade.

María sonrió y se acercó al profesor. Le besó en ambas mejillas y exclamó:

—Perdón, papá Libman. Lo he dicho por mí. Era broma. Sé que nunca tendremos un colega más eficaz que Sven. ¡Ea, vamos a producir ciencia para los archivos! ¡A mí los ammonites marcianos!

Riendo, la muchacha fue hacia su mesa de trabajo, se sentó y abrió una caja. Con ayuda de pinzas, extrajo varias caracolas. Bajo un potente foco de luz, y con ayuda de un lente, estuvo examinándolas con detenimiento. De cuando en cuando, anotaba algo en un bloc que tenía a su derecha.

También Sven se enfrascó en su trabajo, a otro lado del laboratorio, yendo y viniendo repetidas veces desde el «archivo» a su mesa, llevando algunas muestras de animalitos procedentes de otros planetas.

Pasó una hora, poco más o menos.

Zumbó un timbre sordo y el profesor Libman dejó su trabajo para acudir al comunicador situado en un extremo, en la parte más sombría del bien iluminado laboratorio. Allí, dio a un conmutador y se iluminó una pantalla pancromática de gran nitidez.

Un rostro jovial y simpático apareció sobre el cristal.

—Hola, Sherrard. ¿Qué desea de nosotros la Sección de Coordinación?

—¿Quiere usted viajar hasta el Congo, profesor Libman?

—¿Al Congo? ¡Por Dios, Sherrard! ¿Qué debo hacer yo allí?

—Lo ignoro. Nos han pedido un buen zoólogo. Es urgente. Hay que viajar esta misma tarde en un «disco-*jet*».

—Pero ¡en Ciudad de El Cabo está el «C. E. A.» (Centro de Estudios Africanos), con varias secciones de Zoología! ¿Qué hemos de hacer nosotros allí?

—No me lo pregunte. Sé perfectamente que a usted no le gusta salir de su «cuchitril». Pero es una orden. Claro que no han especificado precisamente a usted. Podemos enviar a Sven Gueda o a María Atoyac.

—¿De qué se trata?

En el cristal polícromo, el simpático rostro de Sherrard sacudió negativamente la cabeza.

—Ni palabra.

—Pues que vaya Sven. Él es joven y le gustará visitar África.

Desde su mesa, Sven se volvió. No pudo evitar encontrarse con la burlona mirada de María, la cual comentó:

—¡Todos los hombres tienen suerte!

—¿Quieres ir tú? —preguntó Sven.

María se encogió de hombros.

—No, ¿qué más da? De un modo u otro tendré que estar sin verte.

Sven, sin contestar a María, fue hacia el comunicador.

—Yo iré por usted, profesor Libman.

—Bien —comentó Sherrard—. Prepararemos el pasaje. Debes tomar el «disco-*jet*» de las tres. A las cuatro te esperan en Inongo. Adiós y buen viaje, Sven Gueda.

El televideo se apagó y Libman se volvió a su ayudante.

—¡Es singular! ¿Qué puede ocurrir en África para pedir nuestra ayuda?

—Como no se trate de alguna especie nueva, descubierta recientemente… —intervino María Atoyac, muy seria, con expresión profesional.

—¿Una especie nueva, aquí en La Tierra? —exclamó Libman—. ¡Por Dios, María, eso es imposible!

—Será mejor que te marches a preparar tus cosas, Sven. Tienes el tiempo justo.

—Sí, me iré inmediatamente. María, ¿quieres ocuparte de mi lacerta venusis?

—Con mucho gusto, amor. ¿No me das un beso de despedida,

cielo? —se burló de nuevo María, aunque ardía en deseos de que su burla se volviese realidad.

¡Y, para su asombro, Sven la tomó de ambos brazos y la besó en la mejilla!

El profesor Libman soltó una carcajada.

* * *

Al llegar a su apartamiento, en el piso 79 del Edificio Hispania, en el centro de la ciudad de Méjico, como tenía por costumbre, Sven pulsó el conmutador de la correspondencia, situado en el recibidor.

Si había recibido alguna comunicación telegráfica o visofónica, el repetidor catódico se la reproducía al instante.

Y su sorpresa fue grande al ver iluminarse la pequeña pantalla y ver allí un rostro de mujer que casi tenía olvidado.

—¡Efigenia Collins! —exclamó.

En la pantalla, aquel ovalado rostro de mujer empezó diciendo:

—Hola, Sven. Espero que todavía te acuerdes de mí. Estoy en mi destierro de White River, South Dakota. Te he llamado a tu casa porque en el CEZUM ya sabes que nada quieren saber conmigo… ¡Soy una proscrita!

»Pero no me quejo. Quise seguir con los trabajos de mi inolvidable padre, que en paz descanse, y pago las consecuencias. ¡Pero deseo que sepas algo importante! Te debo esto por lo mucho que te quise y por lo que te sigo queriendo, a pesar de todo…

—¡Vida mía! —exclamó Sven con expresión transfigurada—. Yo también te quiero… ¡Bien lo sabe Dios!

—… Y deseo que conozcas mi triunfo. ¡Lo he logrado, Sven! ¡He producido «fuego invisible» o «fuego seco», como quería mi padre!

»Quiero enseñártelo cuanto antes. ¿No puedes venir a verme el próximo fin de semana? ¡Hace tanto que no te veo, amor! Comunícamelo a la mayor brevedad. ¿No estás enojado conmigo como los otros? No puedes estarlo, Sven. Tú eres diferente.

»Espero tu respuesta.

La pantalla se apagó, aunque se volvió a iluminar inmediatamente. Ahora, apareció una comunicación escrita. El membrete era harto elocuente y significativo. ¡Pertenecía a la

Sección de Gobierno del CEZUM!

Y su texto decía, lacónico:

»Profesor Gueda, absténgase de aceptar el trato anticientífico y personal de Efigenia Collins, si no desea verse sumariado. Le saluda, Hugo Liitg».

La pantalla se volvió a cerrar, quedando a oscuras.

No había ninguna comunicación más.

Con una desoladora impresión en su mente, Sven fue hacia el dormitorio. Mientras se quitaba el «passa» y el «tuy» y procedía a cambiarse de ropa, para sacar del armario un equipo de viaje —traje ajustado, termógeno y hermético, propio para vuelos atmosféricos—, no podía evadirse de la mala impresión causada por la breve comunicación de Hugo Liitg, el individuo más severo del CEZUM, y también el más aborrecido.

Sven habría hecho por ver a Efigenia Collins ya hacía mucho tiempo, de no haber sido por el jefe de la Sección de Gobierno, el hombre que expulsó a Mark Collins, padre de Efigenia, por sus peligrosos ensayos con el «fuego seco».

Sven, recordando, se dijo:

—Y Hugo Liitg demostró tener razón… ¡Mark Collins murió, víctima de sus experimentos! ¿Por qué hubo de continuarlos Efigenia? ¿Por qué obstinarse en desafiar abiertamente a la Comisión Universal de Ciencias, continuando las investigaciones de su padre?

Terminó Sven de vestirse, tomó un portaequipajes y puso algunas prendas dentro.

Consultó su reloj. Eran las dos y cuarto.

—¡Cielos! Tengo el tiempo justo para llegar al aeropuerto.

Un instante después, en un rápido ascensor, Sven Gueda descendía como una saeta del piso 79 del Edificio Hispania.

* * *

El individuo parecía un menesteroso. Revendía publicaciones oficiales y obtenía así unos miserables pesos que tal vez invertía en licor clandestino.

Sven se acercó a él.

—Oiga, hombre, ¿quiere ganarse un «crédito»?

—¿Un «crédito»? —El individuo pegó un brinco, abriendo mucho los ojos—. ¿A quién tengo que matar?

Sven sonrió ante la expresión típica del hombre.

—No se trata de eso. Deseo que envíe usted una comunicación falsa. Yo no puedo hacerlo. Digamos que estoy vigilado.

—Comprendo… Lo haré.

—Atienda, Llame a Efigenia Collins, White River, South Dakota, EE. UU.

El revendedor repitió el nombre y la dirección, contrayendo su poco atrayente rostro con el esfuerzo mental.

—Debe decir: «Recibí la comunicación. Haré por verte». Y, claro está, debe usted dar su nombre.

—¿Ya sabrá ella que es usted quien le envía el mensaje? —preguntó el hombre.

—Sí, es la respuesta al que ella me envió. Es que…, ¿sabe usted?, mi amiga está desterrada.

—¡Hum! Mala cosa, ¡muy mala!… Es como llevar un letrero en la frente diciendo: No me habléis, tengo el cólera… ¡Compadezco a su amiga!

—Tenga, su «crédito». —Sven entregó al revendedor un disco plateado con el anagrama de la Unión Universal de Comercio.

El individuo se estremeció al tomar la moneda. Sus ojos se abrieron inmensamente y balbuceó:

—¡Dios divino, qué precioso es!… Tenga, le daré una revista para el viaje. Aquí podrá leer las últimas noticias sobre la desaparición de la «Albor-Sa-12»… ¡Dicen que se desintegró al penetrar en las capas superiores de la atmósfera!

—¡Pobres astronautas! —exclamó Sven, tomando la publicación y examinando la portada en color, en donde estaba la fotografía del General Vallen, Jefe de Exploración Cosmonáutica del Gobierno Central.

Un rótulo en letras grandes decía:

«Su desobediencia les costó la vida».

—Gracias, amigo —dijo Sven—. Espero que envíe usted mi mensaje. Tenga, por la publicación.

—¡Ah, no; es un obsequio! Ya me ha pagado usted con creces. Voy a enviar su mensaje ahora mismo… ¡Y descuide, nadie sabrá su

nombre!

—Es usted un buen hombre. Adiós.

—Suerte y buen viaje.

Con el portaequipajes en una mano y la publicación bajo el brazo, Sven Gueda se alejó hacia las enormes puertas que daban al aeropuerto de Méjico.

El revendedor de publicaciones se encaminó, voceando sus revistas, hacia las cabinas visotelefónicas del servicio público. Estaba contentísimo por haberse ganado un «crédito».

Bien era cierto que la policía, si no se apresuraba, podría detenerle por aquel pequeño delito. Comunicarse con una desterrada en el extranjero estaba prohibido. ¡Pero habían tantas prohibiciones que uno infringía a diario!

Con aquel «crédito» podía beberse un barril entero de alcohol de maíz. Bien valía la pena el riesgo.

Entre la gente, a la puerta del aeropuerto, Sven vio al revendedor entrar en la cabina 106 de Comunicaciones Públicas. Comprendió que había sabido elegir bien al hombre.

—¡Espero que sea feliz con su «crédito»! —se dijo.

Y penetró en el pasillo metálico que le llevaría hasta la recepción de viajes.

Allí, una elegante y bella señorita le preguntó:

—¿Su nombre?

—Sven Gueda.

—¡Ah, su «disco-*jet*» parte inmediatamente! Le están esperando. No se entretenga. Tome por el Segundo Acceso.

—Gracias.

Unos minutos después, Sven ascendía la escalerilla automática de un plateado «disco-*jet*» que esperaba inmóvil en la inmensa pista metálica. Un oficial de aviación, con una tablilla en la mano, esperaba en el dintel.

Le preguntó:

—¿El profesor Gueda?

—Yo mismo, oficial.

—Pase. Partimos antes de un minuto. Su asiento es el número 83. La azafata señorita Marlene le acompañará. —El oficial sonrió. Había visto la publicación que Sven llevaba bajo el brazo y añadió—: No tema. Este «disco-*jet*» no es el «Albor-Sa-12».

Como arrancado de profundas meditaciones, Sven miró al oficial y arqueó las cejas.

—¿Eh, cómo…? ¡Ah, sí, los astronautas! ¡Pobres muchachos! Dice el general Vallen que murieron por causa de una desobediencia.

—¿Y qué quiere que diga ése…? —Parecía hablar con resentimiento—. ¡Allá arriba me gustaría ver al general Vallen!… Le ruego me disculpe, profesor Gueda. Entre, por favor.

Sven entró en la antecámara. Una linda azafata se inclinó ante él, alargándole la mano para tomarle el portaequipajes.

—Deme. Lo guardaremos en consigna, señor Gueda. —Sonreía del mismo modo que María Atoyac. Y añadió, con descaro—: Esperaba a un pasajero ventrudo, envejecido y calvo… ¡No creí que los profesores del CEZUM fuesen como usted!

Sonrojado, Sven respondió:

—Hay viejos y jóvenes… Pero no soy tan joven como aparento. Tengo treinta y cinco años.

—¡Señor, qué «*interesting* man»!

Sven penetró en la cámara circular, en donde estaban ya instalados los pasajeros con destino a Inongo, entre los que se veían algunos diplomáticos negros, y, en silencio, fue a ocupar su asiento.

La azafata le ayudó a ponerse el cinturón de seguridad.

—Póngase cómodo, señor Gueda.

—Sí, gracias.

Un instante después, sin que ningún pasajero se apercibiese, el «disco-*jet*» empezó a girar sobre sí mismo y, en el más absoluto silencio, despegaba del aeropuerto de Méjico.

A los cinco minutos de viaje, cuando ya la cúpula se había descorrido, permitiendo ver un cielo maravilloso y cuajado de estrellas, pese a que estaban en pleno día, un conmutador del asiento de Sven se encendió.

Tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—Diga —dijo en voz baja.

—Perdone, señor Gueda. —El semblante del oficial de aviación con quien habló a su entrada aparecía en la minúscula pantalla. Sonreía—. No debí expresarle mi resentimiento contra el general Vallen. Pero fui amigo de «Old» Heide, ¿comprende?… ¡Y me juego la vida a que su muerte no fue debida a una desobediencia!

CAPÍTULO II

El oficial de aviación dijo llamarse Lantz.

Mientras el «disco-*jet*» hendía las altas capas de la ionosfera, para luego dejarse caer sobre el corazón de África, Sven Gueda y aquel extraño sujeto pudieron tomar una taza de café (sin cafeína ni trimetilxantina) y cambiaron impresiones.

—Discúlpeme, Gueda —habló Lantz—. Quizás acabe expulsado del cuerpo de Aviación Comercial. Pero al hierro le llamo hierro y al canalla, canalla.

—Le entiendo. ¿Conoció usted a «Old» Heide? —Sven indicó la publicación oficial, en cuya primera página, sobre la fotografía del general Vallen, campeaba el titular: «Su desobediencia les costó la vida».

—Tanto como me conozco a mí mismo —respondió el oficial—. «Old» Heide ha sido el mejor maestro que he tenido jamás. Era despierto, con una inteligencia nada común, hábil, sutil, reposado y audaz…

»Su mente era como una moderna computadora electrónica. No omitía nada… ¡Ni siquiera podía omitir la obediencia! Era, en pocas palabras, todo un hombre.

—Y, sin embargo, ha muerto.

—Eso pretenden hacernos creer.

—¿Duda usted de su muerte?

—¡No, Dios me libre! Si «Old» Heide estuviese vivo, lo sabríamos. No dudo de su muerte. Lo que dudo, niego y no estoy dispuesto a aceptar es la versión que nos han dado de su muerte.

—Aquí pone que debieron descuidarse y entrar en las capas superiores de la atmósfera, en donde se desintegraron por exceso de velocidad orbital —apuntó Sven Gueda.

—¡Eso es falso como un «crédito» de latón! No, profesor Gueda; yo estuve en Astronáutica, de donde me expulsaron, no lo niego, y sé cómo anda aquello. Un técnico mete la pata, se equivoca, y la experiencia fracasa. Si a consecuencia de ello, un piloto muere, se rectifica el cálculo y se recurre a otro piloto. Se dice, «fulano de tal desobedeció las órdenes…». ¡Y no hay nadie que juzgue a un técnico y le meta en prisiones submarinas por haber matado a un hombre!

—¿Supone usted, pues, que la desintegración de «Albor-Sa-12» sea debida a un fallo técnico?

—Estoy seguro. «Old» Heide era demasiado inteligente para cometer errores…

—Pero… El general Vallen le destituyó al permitir que sus compañeros desembarcasen en Geis.

—Si «Old» dejó salir de la cosmonave a Briggs y a A. C. Nebbia, sería porque él no vio peligro alguno.

—Entonces, el general Vallen fue excesivamente rígido —declaró Sven Gueda, sin mucha convicción.

—Estoy seguro de que lo fue. ¡El Jefe, le llaman! ¿Y sabe usted lo que es el jefe de algo?

—Mi jefe es el profesor Libman, un hombre que confía en mí tanto como en él mismo.

—¡Eso es un jefe! —Manifestó Lantz, con entusiasmo—. Oiga, señor Gueda. Un astronauta se está jugando la vida a cada paso que dé. Ya no estamos en los tiempos en que rusos y americanos competían por la conquista del espacio. Allí no importaban las vidas. Tenían miles de voluntarios, hombres audaces y temerarios que habrían hecho cualquier cosa por dar gloria y renombre a su país.

»Hoy, por fortuna, la exploración espacial es otra cosa. Se va más seguro, se hace más, se viaja en “hiperluz”, los cosmonautas pueden hibernar durante las largas singladuras siderales, hay seguridad, como lo hemos demostrado llegando a Plutón y mucho más allá.

»Hay más. Contamos con hombres como “Old” Heide… Bueno, contábamos, porque ya ha sucumbido. ¡Y me duele que Vallen le calumnie de ese modo! Me duele mucho, créame.

—¿Cuál es, pues, su versión de este desgraciado accidente? ¿Un fallo técnico imputado a «Old» Heide?

Lantz se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo yo? Si alguien lo sabe, debe ser el general Vallen, quien se lo calla. De todos modos, «Old» Heide no será sumariado por haber dejado que sus compañeros salieran de la nave al tomar tierra en Geis.

»Sin embargo, no creo apartarme mucho de la verdad si le digo que Briggs, «Old» Heide y A.
C. Nebbia
murieron en aras de la ciencia.

Sven Gueda, con la mente puesta en hechos particulares recientes, pudo decir que Mark Collins, físico termonuclear, también murió en aras de la ciencia, pero proscrito y desterrado por los altos dignatarios de la Comisión Universal de Ciencias. Fue un accidente, pero su nombre no figuraba en el monolito de los Benefactores.

No pudieron continuar conversando.

Marlene, la bella azafata de las incendiarias miradas hacia Sven Gueda, se acercó, diciendo:

—Perdón, capitán Lantz. El piloto me encarga que le avise. Ya estamos entrando en la vertical de Inongo, sobre el Lago Leopoldo II.

—¡Ah, sí; gracias, Marlene! Usted perdone, Gueda. Espero que nos volvamos a ver.

—Lo mismo digo.

—Debe usted regresar a su asiento, profesor Gueda —añadió Marlene—. Vamos a iniciar la caída y se cierra el bar.

Caminando por el pasillo, hacia la cámara del pasaje, la azafata miraba de soslayo a Sven. Preguntó él:

—¿De veras le gusto?

—¡Me encanta! ¡Es usted fascinante!

Sven sonrió, algo tímidamente.

—Podemos vernos en Inongo… ¿Está usted libre esta noche?

—Sí, encantada —declaró ella, con calor—. Me hospedaré en el Congo Hotel. Llámeme a las nueve, ¿lo hará?

—Si puedo, sí. Todavía no sé para qué me han hecho venir a África. Pero si tengo un momento libre, iré a verla… ¡Es usted tan

interesante!

Ella le besó, antes de entrar en la cámara.

Y Sven encontró placer en aquel beso.

* * *

—Señor Gueda.

Sven se volvió al robusto negro, vestido con un «tuy» perforado, azul cobalto, muy llamativo, que llevaba al pecho las iniciales
«C. E. A.»
(Centro de Estudios Africanos).

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Karl Kubum. Tengo un autobólido esperando para llevarle al laboratorio del doctor Hillman.

—Tanto gusto, Kubum. He oído hablar de usted.

—Esperábamos al profesor Libman. Pero no importa. Usted es su colaborador más próximo, y, por cierto, un especialista universal en reptiles.

—¿Para qué me han hecho venir? —preguntó Sven, cuando caminaban hacia el aparcamiento de autobólidos, situado a lo largo del aeropuerto.

—Se sorprenderá cuando le diga que hemos descubierto una extraña y misteriosa especie de plagiotremas, del orden de los saurios, tetrápodos y otras características disimilares a los que tenemos clasificados dentro de la fauna africana.

—¡Siga, siga, Kubum; eso es interesantísimo!

—Tiene otras peculiaridades muy singulares. La principal es su asombroso poder de reproducción… ¡En pocos minutos, los huevos son fecundados, surgiendo de ellos un animal semejante, pero mayor que su progenitor!

—¿Mayor?

—Sí. —Kubum se detuvo ante un elegante y moderno autobólido, color rojo sangre, cuya portezuela abrió para dejar paso a Sven—. Suba. Dentro de unos instantes verá usted lo más insólito que haya podido ver en su carrera profesional.

—¡Estoy impaciente!

¡Y, a decir verdad, Sven se olvidó incluso de su cita con Marlene, la azafata!

—¿Dónde lo han encontrado?

—Junto al Lago Leopoldo II, estimado colega. Lo encontró un indígena y nos lo trajo al laboratorio. El doctor Hillman decidió llamarles a ustedes inmediatamente. ¡Ese poder reproductor tan inusitado puede ser peligroso! En un día hemos lanzado al lago más de cien mil crías.

—¿Cien mil? —preguntó Sven, atónito.

—No le miento. Las primeras eran de un centímetro de largo.

—Pero ¿qué clase de saurio es ése? ¡No llega a lagartija vulgar!

—Es que las que se están incubando ahora son cuatro o cinco veces más grandes… ¡Y se reproducen a sí mismas en contados minutos, progresivamente acelerados!

Kubum puso el autobólido en marcha, después de instalarse junto a Sven, y se remontó hacia el cielo, volando raudo y a escasa altura, sobre las construcciones coloniales de Inongo.

—¡Es inaudito! —exclamó Sven—. ¿Y qué ocurre con las hembras? ¿Mueren después de fecundar?

—No, nada de eso. Continúan poniendo huevos cada vez mayores… ¡Y son unos óvulos negros, como gruesas esporas, de cada una de las cuales surge un diminuto saurio mayor que su madre!

—Estoy impaciente por ver ese prodigio.

—Yo diría amenaza, profesor Gueda —replicó Karl Kubum.

—¿Amenaza?… ¿Qué quiere usted decir?

—Prefiero más que sea el doctor Hillman quien se lo explique. Ya estamos llegando… Aquel edificio rojo, detrás de las palmeras, es el laboratorio…

—Y aquellos hombres, junto al lago, ¿qué hacen?… ¿No son militares?

—Sí, lo son… ¡Intentan, inútilmente, exterminar la plaga de saurios que nacen constantemente en el lago y en el laboratorio!

* * *

El doctor Hillman era un hombre menudo, vivaracho, de piel morena, pero de ascendencia blanca, que vestía pantalón y camisa amplia, un atuendo completamente anacrónico.

Salió a recibir a Sven Gueda dando muestras de viva agitación e

intensa preocupación.

—¡Me alegro de verle, profesor Gueda! ¿Ya le ha explicado Kubum lo que ocurre?

—Sí, estoy ansioso por conocer a ese extraño lagarto. Es un caso biológico extraordinario.

—No busque calificativos, profesor Gueda… ¡Le faltarán! Venga al laboratorio.

Entraron en el edificio, donde algunos criados nativos daban muestras de alarma. También vieron a varios oficiales del ejército. Uno, que hablaba por teléfono, decía, excitado:

—No, señor. El fuego no les hace nada. El alcohol atilmetílico es ineficaz… ¡Ni siquiera los desintegradores atómicos les hacen nada!

Sven palideció y miró al doctor Hillman.

—¿Se refiere a…?

—Sí, profesor… ¡Son indestructibles y crecen en número y tamaño a una velocidad increíble!

Cruzaron una sala y entraron en una estancia que en nada parecía a un laboratorio. Todo estaba destruido, quemado, roto, incluso paredes y techos, y en donde se veía a un grupo de negros, vestidos con trajes aislantes, recogiendo paladas de esporas negras y bichos semejantes a pequeños reptiles que se agitaban como las termitas en un termitero.

—¡Nos devoran las palas, doctor Hillman! —exclamó uno de aquellos bomberos nativos.

—No se acerque, profesor Gueda —exclamó Hillman, quien, volviéndose a Karl Kubum, añadió—: Tome usted unos cuantos y tráigalos fuera, a mi despacho… ¿Han llevado allí mi microscopio?

—Sí, doctor —respondió alguien de los que se afanaban en retirar aquella «basura» viviente.

Kubum, utilizando unas pinzas, tomó del suelo, en donde estaba el informe montón de bichos que paleaban los nativos y retrocedió, mostrándoselo al estupefacto Sven Gueda.

—¿Qué clase de reptil es éste?

—Eso nos gustaría que nos dijese usted.

—¡No lo tenemos clasificado!

—Pues es lo más parecido a un reptil —contestó Hillman, en tono desabrido—, si es que alguna vez he visto uno… Vengan.

Sven se dio cuenta, mirando al extremo de las pinzas que

sostenía Karl Kubum, que los dos plagiotremas que se agitaban, prendidos de la cola, dejaban ir una especie de excremento negro, ovular y en número de treinta y cuarenta, que cayeron al suelo. Al pisarlos, con la suela de fibra, creyó pisar canicas metálicas o bolas de cojinetes de tres o cuatro milímetros de diámetro.

En el despacho del doctor Hillman, Kubum puso los dos pequeños plagiotremas sobre la base de un potente microscopio electrónico.

—Examínelos con detalle, Gueda —sugirió.

Sven no se hizo de rogar.

Ajustó el visor y estuvo unos minutos viendo a los animales que pugnaban por salirse de la plataforma focal.

—¡Ni con un martillo se les puede aplastar! —exclamó el doctor Hillman—. Las placas córneas que los cubren son infinitamente más duras que el más sólido de los aceros conocidos.

—Yo insisto en que estos animales nos han llegado procedentes de una plaga extraterrestre —afirmó Karl Kubum—. Empero, Sven Gueda tiene mayor autoridad que yo en la materia.

Sven, contemplando a los parduzcos animales a través del visor del microscopio, no respondió. Analizó una por una todas las características visibles de los bichos, se fijó en sus ojos, en sus patas tetrápodas, en su cola, terminada en forma de fino alambre… ¡Y particularmente en sus placas o escudos córneos!

Incluso llegó a pinchar con un afilado bisturí que halló junto al microscopio, y, aunque llegó a imposibilitar el movimiento al reptil, no hizo mella en él. Al contrario, el instrumento quirúrgico quedó sin punta.

Luego, Sven, más perplejo aún que a su llegada al laboratorio de Hillman, se volvió a éste y a Karl Kubum.

—Lo siento. No reconozco esta especie. Pero considero muy atrevido afirmar que proceden de otro planeta. A eso se podría objetar, ¿cómo han llegado hasta aquí? Que yo sepa, por las cercanías, no existe ningún espaciopuerto. Además, tengo entendido que las medidas adoptadas por las autoridades contra gérmenes extraterrestres, son severísimas.

—¡Pueden haber sido lanzados desde la estratosfera y caído aquí!

—¿Y quién los ha lanzado? ¿Algún viajero sideral que, celoso de

nuestro avance técnico, quiere flagelarnos con una plaga de saurios? ¿Acaso hay, en muchos años luz, seres civilizados capaces de venir hasta nosotros con tan malignas intenciones?

Sven Gueda habría continuado expresando su tesis si un oficial de alta graduación no entra en el despacho y exclama, dirigiéndose a Hillman:

—Es inútil, doctor. No conseguimos exterminarlos. Antes de lanzar bombas de «Curio» queremos tomar medidas de seguridad. El general Mbala nos enviará inmediatamente técnicos, los cuales tomarán las medidas oportunas.

»Entretanto, lamento comunicarles que esta zona queda bajo jurisdicción militar, y, por lo tanto, deben ustedes abandonar el edificio y sus inmediaciones.

—¡Eso no lo haremos! —exclamó Sven Gueda, dirigiéndose con energía al oficial—. Somos científicos y nuestro cometido aquí es importante.

—¡Más importante es ahora exterminar a esos bichos! —Casi rugió el oficial.

—¡No hay fuerza humana capaz de echarme de mi laboratorio! —retrucó el doctor Hillman, desafiando abiertamente al oficial.

—Les advierto que vamos a emplear explosivos altamente radiactivos y sólo podrá estar aquí el personal equipado con atavíos protectores.

»Si no se retiran ustedes voluntariamente, haré que mis hombres les saquen a la fuerza.

—Pero…, ¿es que no comprende que de nuestro análisis puede depender todo? —exclamó Gueda, dirigiéndose al coronel—. Hemos de descubrir esta especie animal y…

—¡Mi deber, y las órdenes que me ha dado el general Mbala, es destruir esta plaga, y eso haré, aunque perezca en el intento!

—Está bien. Cumpla sus órdenes. Comunicaré con mis jefes. Estoy seguro de que tanto usted como el general Mbala serán destituidos de sus cargos —intervino serenamente Karl Kubum—. El Presidente de la Unión Africana estará enterado de todo antes de cinco minutos. ¡Vámonos, señores!

El oficial pareció vacilar entonces. Se mordió los labios, ante la autoridad y dignidad que vio en Kubum, cuyo distintivo de la C. E. A.

era bien visible, pero insistió:

—Son órdenes.

—Permita, al menos, que nos llevemos muestras de estos plagiotremas —insistió Sven Gueda—. He venido de Méjico especialmente para esto.

—A ese respecto no tengo nada que objetar, aunque mis órdenes son exterminar a estos animalitos. Espero que, como científicos, tendrán cuidado. No olviden que se reproducen rápidamente y que son prácticamente indestructibles.

—Descuide, coronel Mungo —replicó Hillman—. Yo respondo de eso.

Un instante después, los tres científicos salían del laboratorio. Antes de subir al autobólido de Karl Kubum, procedente del lago escucharon un chirrido que iba en aumento, parecido al ruido que hace el hierro al ser frotado con energía.

—¿Qué es eso? —preguntó Gueda.

—Son los dientes de nuestros saurios… Se están multiplicando por millones. Como esto continúe así, dentro de poco todo el lago estará lleno de ellos.

—¿Y qué ocurrirá luego? —inquirió Gueda.

Hillman se encogió de hombros.

—No lo sé. Sospecho que desbordarán las aguas y se esparcirán sobre el país… Y si no hay nada que los aniquile, seguirán multiplicándose progresivamente, hasta aventajar a las más fieras plagas de langosta que haya conocido la humanidad.

»¡Y mucho me temo que este aumento irá en progresión constante «ad infinitum»!

—¡Es imposible! —gritó Gueda, ya subiendo al autobólido de Kubum—. ¿Y de qué se alimentan? ¿De dónde extraen la materia que los hace crecer y multiplicarse de ese modo?

—No puedo responder a esas preguntas, amigo mío. ¡Sólo puedo decirle que, en menos de veinticuatro horas más, no habrá espacio en el Lago Leopoldo II para contener a tanto saurio! Lo que ocurra después, sólo Dios lo sabe.

Y el doctor Hillman tenía razón.

Al día siguiente, casi seco el lago, a consecuencia de las explosiones atómicas, las cuales no lograron exterminar ni a uno solo de los saurios, éstos empezaron a extenderse como una

gigantesca ola, y en pocos minutos arrasaron completamente cuanto encontraron a su paso.

¡Incluso el laboratorio del doctor Hillman desapareció!

CAPÍTULO III

—¿Se da usted cuenta de lo que se propone, profesor Gueda? —preguntó el capitán Lantz, muy pálido, pero sereno.

—Sí —contestó Sven—; sólo pretendo llevar una muestra a mi jefe, el profesor Libman. Tal vez él sepa el modo de aniquilar estos reptiles.

Apoyada en el muro, junto a la puerta, mirándole con sus grandes ojos y quizá dándose cuenta por vez primera de su condición de mujer, Marlene esperaba.

¡Parecía un bello reo a punto de ser ajusticiado!

—¡No lo haré, Gueda!

—¡Tiene que hacerlo!

—¡Sería un suicidio!

—Aun así, hemos de hacerlo… ¡Es nuestro deber!

—¡Se equivoca usted, profesor! —intervino Marlene, por vez primera—. Es imposible hacer nada… El ejército lo ocupa todo. Estamos en medio de una zona de desastre.

—¡Y, por si fuese poco, esas malditas explosiones de «Curio» han lanzado a los saurios en todas direcciones! —gritó Lantz, que estaba más enterado de las últimas noticias que Sven Gueda, quien perdió diez o doce horas en un improvisado laboratorio, junto con Karl Kubum y el doctor Hillman.

—El radio de acción de la plaga se ha extendido a más de cien kilómetros —añadió Marlene, transfigurada.

Fue ella hacia la ventana y atisbo a través de los visillos.

—¿Qué hacen? —preguntó Lantz.

—Están paleándolos, intentando abrirse paso hacia el aeropuerto… ¡Pero los nativos retroceden!

Sven fue junto a Marlene. Lo que vio fuera, en la ancha avenida,

ya no le hacía temblar. En las últimas veinticuatro horas había visto tantos de aquellos horribles saurios que se multiplicaban por billones, creciendo constantemente de tamaño, que ya no le producían horror.

—¡Por última vez, profesor! —gritó Lantz, yendo hacia Sven y agarrándole del brazo—. ¿Viene usted o le dejó aquí, a su suerte?

—Sí, claro que voy —contestó Sven—. Pero será llevándome un par de saurios para que los vea el profesor Libman.

—¡No! —exclamó Lantz—. ¿Pero no entiende? Si lleva usted un saurio a Méjico, en pocas horas estará toda América invadida… ¿Qué será de nosotros? ¡Lo arrasarán todo, lo destruirán todo, lo dejarán todo como la palma de la mano! ¿No vio lo que ha ocurrido en el laboratorio del doctor Hillman? ¿No sabe lo que le ha ocurrido al coronel Mungo y a sus tropas?

—¡No, ni quiero saberlo! —replicó Sven, con energía, volviéndose en redondo al oficial de aviación—. Sólo sé una cosa. Hay que hallar el modo de destruir esa plaga de plagiotremas… ¡Y en el mundo sólo hay un hombre capaz de dar la respuesta a ese problema!

»Si el profesor Libman no nos dice cómo aniquilar esa plaga, es inútil que intentemos huir ahora. Más tarde o más temprano, llegarán a América y seremos horrendamente exterminados.

»¿Acaso no quieren entenderme ustedes? El auto-bólido nos está esperando. Mi jefe está esperando las muestras… Podemos tomar precauciones… ¡Sólo uno! ¿Quiere, Lantz?

El inmenso chirrido de los, que como parduzca oleada de muerte y exterminio iba haciendo retroceder a los nativos, ganándoles terreno, por mucho que éstos, utilizando palas de mano, quisieran echarlos hacia atrás, era insoportable. Semejaba como el canto de millones de cigarras.

—No tenemos mucho tiempo —habló Marlene, cada vez más desencajada.

—Oiga, Gueda. ¿Cree usted que encerrando un saurio en una caja acorazada…?

Sven Gueda vio ganada la partida ante aquella concesión del capitán Lantz.

—¡Sí, eso es! Se trata de llegar a Méjico. Tengo una confianza ilimitada en el profesor Libman.

—Abajo, en recepción, deben de tener alguna caja portátil —dijo Marlene—. Iré a buscarla.

—No se moleste, Marlene. Iré yo —retrucó Sven—. Ustedes vayan a disponer el autobólido… Y miren si algún saurio ha invadido ya la azotea. ¡Han caído muchos del cielo a causa de las explosiones!

La azafata y Lantz salieron al pasillo, yendo hacia un extremo, mientras Sven, sucio tu «tuy», despeinado y raudo, corría hacia la escalera de la planta baja.

En el vestíbulo reinaba un desconcierto espantoso. Los soldados negros, locamente, disparaban sus desintegradores a través de las ventanas, sin conseguir hacer mella en la ola de saurios que avanzaba, centímetro a centímetro, creciendo y reproduciéndose constantemente, y aumentando su volumen.

—¡Se nos comen las palas, devoran el suelo, las casas…! —gritaba un oficial de escasa graduación.

Sven vio al «maitre» sentado en una silla reclinable. Se abanicaba ferozmente y tenía dos estilográficas metidas en los oídos. No podía soportar el chirrido de los saurios, acercándose.

Sven fue hasta él y le quitó una estilográfica del oído.

El «maitre» se sobresaltó, abriendo mucho los ojos.

—¿No se ha ido usted?

—No. ¿Tienen una caja acorazada?

El «maitre» asintió.

—Démela. La necesito.

—Venga —dijo el hombre, levantándose y yendo hacia el despacho del hotel.

Allí todo estaba revuelto. El «maitre» fue al muro, pulsó un invisible conmutador y se descorrió un panel, mostrando una caja de caudales bastante anticuada —de las que se abrían y cerraban por influjo mental—, cuya puerta pronto se abrió.

El individuo se volvió a Sven.

—¿Quiere llevarse algunos de esos lagartijos, profesor?

—Sí.

—Esta caja de piedras preciosas le irá bien. Es hermética, sólida como el iridio y no hay soplete capaz de abrirla.

El «maitre» tomó una caja, como un estuche de veinte centímetros de largo, por diez de ancho y otros diez de alto. Empleó

un contacto eléctrico para abrirla y guardó las piedras preciosas que contenía en un sobre, dejándolo luego descuidadamente sobre la mesa.

Dijo:

—Si Dios no lo remedia, esta riqueza pronto dejará de tener valor. Tenga, profesor Gueda. La caja. Le deseo mucha suerte.

—Me gustaría poderles llevar a todos ustedes, Ibrahim. Pero ya conoce las órdenes… Sólo el capitán Lantz, la azafata y yo. El autobólido pertenece a la CEZUM y lo han enviado por telecomando para…

—Le comprendo perfectamente, profesor. No tiene que justificarse. Que tenga suerte.

—Adiós, Ibrahim. Lo mismo le digo.

Cuando Sven Gueda salió, el «maitre» quedó sentado detrás de su mesa de despacho, poniéndose de nuevo la estilográfica en el oído.

Luego, cuando Sven salía al exterior, para hacerse con un par o tres de saurios y encerrarlos en la caja que le diera Ibrahim, éste decidió terminar con el horror que le dominaba.

A solas en su despacho, abrió un cajoncito de la mesa, extrajo una pequeña pistola desintegradora y se apuntó a la frente. ¡Cuando oprimió el disparador, un chorro azul desintegró completamente su cabeza!

De todas formas, no había hecho más que anticipar su muerte en unas horas. No tenía salvación.

* * *

Sven Gueda hubo de desafiar las voces de un oficial para salir a la calle y agarrar tres pequeños saurios de la oleada que avanzaba progresivamente. Los metió en la caja y los encerró.

¡No se dio cuenta de que los tres reptiles, ya de un tamaño algo mayor que una lagartija, expulsaban sus negros óvulos!

¡Y dentro de pocos minutos, los tres saurios se convertirían en un centenar!

Con su caja bajo el brazo, sin oír los gritos del oficial negro que le amenazaba con una pistola de rayos «Lasser», Sven corrió de vuelta al hotel. Subió precipitadamente la escalera, jadeando a

causa de la carrera.

Al salir a la azotea vio a Lantz, ante la portezuela del autobólido teleguiado. Marlene ya estaba dentro. Dos agentes de la Comisión de Gobierno, embutidos en trajes de vacío, estaban detrás de Lantz, empuñando sus armas.

Después supo Sven que aquellos dos hombres se habían visto obligados a disparar contra un grupo de hombres de Inongo, que quisieron entrar en el autobólido.

Sus cuerpos se habían convertido en humo.

—¡Aprisa, Gueda!

Entraron los dos casi al mismo tiempo en el interior del autobólido. Uno de los agentes cerró la portezuela y se volvió, diciendo:

—Vámonos ya. Esto no hay quien lo resista.

Un instante después, manejado el control por el capitán Lantz, el aparato ascendía rápidamente hacia el cielo y se perdía entre las sombrías nubes que cubrían aquella zona del África Ecuatorial.

Bajo ellos, en tierra, la muerte seguía extendiéndose en forma de la más aterradora plaga conocida jamás por la humanidad.

Sentados en el suelo, sobre la alfombra plástica, los dos agentes se habían quitado las escafandras y se limpiaban el sudor.

Detrás del piloto, en los dos únicos asientos, Marlene y Sven, éste ocultando la caja a los ojos de los agentes, se miraron.

—No me quitaré el susto en muchos años —dijo ella.

—La creo, Marlene —contestó él—. Es algo que causa una impresión indeleble… ¡Qué forma más espantosa de reproducirse! Desde luego, esos animales no son de origen terrestre.

—Decían en Inongo que se originaron en el fondo del Lago Leopoldo.

Lantz había conectado el piloto automático y se volvió, diciendo:

—Insisto en que debería usted arrojar esa caja por la escotilla de expulsión, Gueda.

—¿Qué caja? —preguntó uno de los agentes de la Comisión de Gobierno—. No habrá traído usted alguno de esos lagartos, ¿verdad?

Sven vaciló.

Los dos agentes le miraron fijamente, acercándose a él.

—¿Dónde están?… —El agente vio la caja que Sven trataba de

ocultar—. ¡Deme eso! ¿No le dije…?

—¡Suelte! —gritó Sven, poniéndose en pie—. ¡Aquí puede estar la salvación de todos ustedes, de sus familias, de la humanidad entera!

—¡No puede llevarlo! ¡Es un peligro!

Por vez primera, Marlene se puso al lado de Sven, diciendo:

—Escuchen. Sé que las órdenes eran no llevar ningún bicho de ésos. Pero este hombre pertenece a la ciencia. Él puede, en Méjico, encontrar el medio que permita exterminar a los saurios. Sé que es un riesgo viajar con ellos, pero hay que correr el albur.

—¡Estoy seguro de que el profesor Libman hallará el medio de exterminarlos! —argumentó Sven, con vigor.

—Yo los he visto —dijo uno de los agentes—. No los destruye ni un desintegrador. Mike golpeó a uno con un martillo y sólo consiguió romper la baldosa del piso.

—¡No debe usted llevar eso a Centroamérica! —arguyó el otro, el llamado Mike—. Me estremezco al pensar que en nuestro país pueda suceder lo mismo que en el Congo… ¡Tiene usted que tirarlo por la escotilla! ¡Deme esa caja!

—No, ¡espere! —Se resistió Sven—. Escúchenme. A ustedes les han dado una orden. Pero el jefe de ustedes no sabe exactamente lo que está ocurriendo. Todos ignoran que nadie puede impedir el crecimiento de esos reptiles.

»Déjenme que les diga algo. Esos plagiotremas se hacen mayores a cada incubación. Las crías adquieren mayor tamaño que sus madres. Y así progresivamente. ¿Se dan cuenta de lo que esto significa?

»En pocas semanas, cada uno de esos saurios será mayor que un cocodrilo. Su número será tan grande que invadirán todos los rincones de La Tierra. Ni América, ni Europa, ni Asia estará a salvo de su invasión… ¡Lo destruirán todo!

—¡Por eso hemos de evitar que lleguen a América! —protestó Mike, el agente de la Comisión de Gobierno.

—¡Nadie puede evitarlo! En su normal crecimiento y desarrollo en pocas semanas habrán invadido los mares, cruzarán el Atlántico y avanzarán, como gigantescos saurios, sobre las costas de nuestro mundo.

»¡El fin es inevitable! —continuó Sven, que se había dado cuenta

cabal del inmenso peligro—. Y sólo podemos atajarlo, experimentando con los saurios que yo llevo encerrados en esta caja acorazada.

—¡Pero la romperán! —argumentó el otro agente, cuyo nombre era Read—. Yo los he visto morder el acero, comerse el suelo, las paredes… ¡Hemos de deshacernos de ellos antes de que sea demasiado tarde! Llevarlos a América sería nuestra ruina.

Sin embargo, las acertadas palabras de Sven Gueda habían causado efecto en todos los ocupantes del autobólido que ahora empezaba a volar sobre las suaves aguas del Océano Atlántico.

—La Comisión de Gobierno Americana ha establecido contacto con la Africana. Se ha prohibido que salga ninguna nave de África, para evitar la extensión de la plaga. Es preciso sacrificarse, morir incluso, antes de llevar la plaga a otros planetas, con lo que el mal sería mucho mayor.

Era el capitán Lantz quien hablaba de modo tan reposado y tranquilo, exponiendo la situación. Hablaba como hombre de gran experiencia, pues no en vano había sido astronauta años atrás.

—Si es preciso, La Tierra se sacrificará, pero el peligro no será extendido a La Luna, Marte, Venus, etc. —continuó diciendo Lantz —. Así está establecido en los acuerdos intersiderales. Cuando una plaga azota una región, los cónsules se convierten en árbitros. O sea que no es posible huir… Pero, como bien dice Sven Gueda, esto es un peligro que amenaza a toda La Tierra. Somos nosotros los que debemos extirparlo, atajarlo, dominarlo. Pero, para acabar con una amenaza, primero hay que saber lo que es. Y para eso fue llamado el profesor Gueda, para que viese el modo de poder aniquilar a estos saurios. ¿No lo ha encontrado?… ¡Pues debe continuar en su trabajo! Hemos de admitir que la Sección Biológica del CEZUM es la única entidad técnica que puede ayudarnos ahora. Si ellos fracasan no sé lo que va a ocurrir.

Los dos agentes guardaron silencio. ¿Qué podían decir?

¡Pero sus ojos no se apartaban de la caja oblonga y metálica que Sven Gueda tenía bajo el brazo!

* * *

Dentro de la caja acorazada estaba ocurriendo algo

estremecedor. En pocos minutos, las crías habían salido de sus huevos, desarrollándose rápidamente, pues no necesitaban alimento para ello.

Los tres primitivos saurios habían intentado corroer las paredes de acero, que las encerraban, pero se encontraban con una dificultad grande. Sus alargadas cabezas, provistas de dientes como los cocodrilos, no podían atacar las paredes de aquel encierro. Hubiera sido necesario un punto vulnerable para, a partir de allí, devorar toda la caja. Y como en el interior, completamente liso, no lo había, todo esfuerzo resultaba vano.

Empero, la insólita y progresiva procreación continuaba, como obedeciendo a leyes mutantes de gran poder generativo.

A los diez minutos, los saurios estaban materialmente prensados dentro de su encierro… ¡Y continuaban reproduciéndose!

Era como si un experimentador, deseando comprobar la resistencia de un recipiente metálico, estuviese inyectando gas a presión. Habría de llegar un momento en que la fuerza interior sería superior a la resistencia, y el recipiente estallaría como una bomba.

¡¡Porque los tres reptiles que Sven Gueda había introducido en la caja acorazada, se habían convertido ya en varios centenares, y continuaban poniendo nuevos óvulos!!

* * *

—Estamos sobre el Atlántico, entre África y América. Dentro de media hora llegaremos a las costas de Méjico —explicó Lantz, consultando los instrumentos del panel.

Detrás de él, sentados en el suelo y recostadas las espaldas en el muro, estaban Mike y Read.

En sus asientos, preocupados, estaban Marlene y Sven, hablando de cosas triviales.

Lo más importante había sido:

—No tendría inconveniente en enamorarme de ti si…

—¿Si qué? —insistió ella, tentadora.

—Si no estuviese ya enamorado de una mujer.

Marlene sonrió con cierto desencanto. No le afectó mucho la respuesta. La esperaba.

—Una se pasa la vida buscando al hombre ideal —dijo—, y unas

veces llega tarde y otras demasiado pronto… ¡Me gustas, Sven! Creo que lo dejaría todo por ti.

No pudo decir nada más.

En aquel momento estalló la caja acorazada. Su construcción era tan hermética y su acero tan sólido que sólo una corriente eléctrica podía abrirla o cerrarla, por medio de un dispositivo especial vibratorio.

Por esto la explosión fue tan fuerte.

Y, para colmo, una parte de la caja hendió el tabique que comunicaba con los tanques de oxígeno líquido.

Esto fue lo peor. El tanque reventó y el autobólido sufrió una sacudida tan súbita y tremenda que toda su armadura se abrió violentamente. Una lengua de fuego brotó al cielo y los restos desmaterializados del aparato cayeron al mar.

Todo sucedió en menos de lo que se tarda en explicarlo.

¡Y todos sus ocupantes murieron, excepto uno, quien salvó la vida por puro milagro, y sin que él mismo pudiera explicárselo!

Este superviviente fue Sven Gueda, tal vez porque su misión en este mundo no había terminado aún.

De pronto, Sven se encontró sumergido en las aguas del océano, aturdida la mente, encogido el corazón y agitado por espasmos incontrolados. En su derredor, hundiéndose en las profundidades, los restos del autobólido, pasaron como flechas.

Él abrió la boca e inhaló agua salada. Tosió, braceó…

La lasitud producida por el cataclismo fue esfumándose y un deseo ardiente de vivir se apoderó de él.

Entonces movió brazos y piernas con desesperación.

Un instante después, emergió a la superficie y pudo respirar libremente, expulsando el agua salada que tragó en la inmersión.

—¡Dios bendito! —exclamó con fervor—. ¡Gracias por salvarme!

Nadando vigorosamente, miró alrededor, por si veía alguno de sus compañeros. Sólo vio tres balsas salvavidas, que se habían hinchado solas. Esto no era extraño. Todo crucero llevaba varias de estas balsas, hinchables al contacto con el agua. Todo se hacía solo.

Él sólo tuvo que nadar hacia la más próxima y agarrarse.

Respirando entrecortado, se dijo:

—Empiezo a comprender… ¡Fue la caja!… Reventó como una bomba. Debí suponerlo. En media hora se reprodujeron en su

interior tal cantidad de saurios que provocaron la explosión… ¡Pobre Marlene! ¡Pobre Lantz!… ¡Y cuánta razón tenían los agentes!

Tampoco los saurios se veían sobre el mar. Pero Sven Gueda intuyó que deberían estar vivos en el fondo del océano, sin dejar de reproducirse, como hicieron en el Lago Leopoldo II.

CAPÍTULO IV

Fueron horas interminables.

Por fortuna, el mar estaba en calma y el náufrago no corría mayor peligro que el de morir de hambre, frío o inanición. Aunque esto era poco probable, teniendo en cuenta el enorme tráfico marítimo y aéreo con que contaba La Tierra en aquel siglo XXII.

Por otra parte, siendo el autobólido siniestrado un aparato teleguiado, perteneciente a la Comisión de Gobierno de Centroamérica, enviado ex profeso para recoger a Sven Gueda —y pilotado a su regreso por el capitán Lantz—, forzosamente debía ser notada su desaparición, como lo había sido la cosmonave «Albor-Sa-12».

Y, precisamente, Sven Gueda, mientras miraba al cielo, tendido sobre la balsa, se preguntaba si el siniestro que motivó la desaparición de la «Albor-Sa-12» no había sido idéntico al sufrido por él y sus compañeros a su regreso de África Ecuatorial.

Sven resumió así sus ideas:

—«Old» Heide procedía de Geis, en Próxima Centauro. Quizás allí recogieron los gérmenes de los saurios. En el informe que leí en la publicación oficial, se decía que los cosmonautas recogieron muestras del suelo para traerlas a La Tierra. Tales muestras podrían ser óvulos de plagiotremas en embrión o en letargo. Cualquier fenómeno ambiental pudo despertarlos y reproducirlos.

»No digo yo que esto sea cierto. Es una hipótesis que explicaría muchas cosas. Después de todo, no sabemos exactamente lo que encontraron «Old» Heide y sus compañeros en Geis.

A Sven Gueda no le fue posible continuar mucho tiempo sus divagaciones. Había anochecido ya cuando vio acercarse en la noche varios potentes reflectores procedentes de aeronaves del

Servicio de Salvamento, que debían estar buscándole.

Se puso de pie en la balsa hinchable y agitó vigorosamente los brazos, haciendo señales para ser visto, a la vez que gritaba:

—¡Aquí estoy; auxilio, socorro! ¡Aquí!

Sabía que, por mucha altura que tuviera la aeronave, los amplificadores de sonido a distancia, revelarían su presencia.

Así fue.

El foco de luz blanca terminó quedándose fijo, sobre él.

Minutos después, un aparato auxiliar amerizaba a su lado, y brazos robustos se tendieron hacia él.

—¿Su nombre? —le preguntaron.

—Sven Gueda.

—¿Y los otros? ¿Qué ocurrió?

—El autobólido estalló, a causa de… un accidente.

Debieron de morir todos íbamos dos agentes de la Comisión de Gobierno, el capitán Lantz, de aviación civil, y la señorita Marlene, azafata del aire.

—Sí, son ellos. ¿Y cree que todos han muerto?

—Estoy seguro.

Sven fue trasladado al pequeño navío aéreo auxiliar y luego a la aeronave, a cien metros sobre el océano. Allí vio un rostro conocido.

—¡María! —exclamó.

Y no vaciló en echarse en brazos de su compañera de laboratorio, María Atoyac, pese a las muchas y constantes insinuaciones de aquella fascinante mujer.

En realidad, se abrazaron como buenos camaradas.

—¡Qué angustia nos has hecho vivir, Sven! —explicó ella—. Al dejar de tener noticias tuyas, el profesor Libman me pidió que viniese con el equipo de salvamento… ¡Y gracias a Dios que te encontramos vivo! ¿Qué sucedió?

También habían allí jefes militares, periodistas oficiales, delegados de gobierno. En realidad, toda aquella gente quería saber lo que estaba ocurriendo en África Ecuatorial, creyendo que el siniestro del autobólido, sería consecuencias de la plaga de plagiotremas.

Por lo tanto, relató lo que sabía, sin extenderse mucho, y dejó grabar su declaración. Luego, fue a encerrarse en una cabina con

María Atoyac.

—¿Traías algún ejemplar? —preguntó ella.

—Sí. Puse tres en una caja acorazada. Pero en pocos minutos se multiplicaron de tal modo que la hermética caja reventó… ¡No puedes imaginarte lo terrible que es ver reproducirse a esos animales!

—¿Y dices que aumentan de tamaño constantemente?

—Sí. Los saurios que yo conocí el primer día, del tamaño de una pequeña sanguijuela, son ahora de diez o doce centímetros de largo… ¡Y siguen aumentando!

—¿Podrían llegar a ser como cocodrilos?

—Si no hay modo de exterminarlos, me temo que lleguen a mucho más.

—¿Y de qué se alimentan?

—Sospecho que de nada… O de aire —contestó Sven, reflexivo —. Mi creencia es que debían estar en Geis, de donde vinieron…

—¿Geis? ¿Crees que la «Albor-Sa-12» ha podido…?

—Exactamente. Su desaparición es semejante a la desaparición del autobólido en que viajábamos nosotros. Tal vez, «Old» Heide y sus compañeros debieron encontrarse con esporas de plagiotremas aletargados. En Geis, si no recuerdo mal, no había aire, ni agua, ni oxígeno. Nuestra cosmonave debió llevar allí condiciones ambientales propicias para hacerles revivir. Una vez aquí, en La Tierra, después de haber destruido el navío sideral, se proliferaron en el seno del Lago Leopoldo II, y ahora su crecimiento se extiende por todas partes.

—¿Y no hay modo de aniquilarlos?

—No. El fuego les deja tan tranquilos… ¡Ni siquiera las radiaciones de «Curio» les afectan! Al contrario, una explosión atómica los esparció por todo el territorio de Inongo. Así salieron del lago y procrearon en otros lugares. Desintegradores, apisonadoras, gases, lanzallamas… Todo ha resultado inútil contra ellos. Esos saurios son prácticamente indestructibles.

—¡Aterrador! —exclamó María Atoyac, estremeciéndose—. ¿Y no crees que su crecimiento se detenga?

—Al contrario, creo que su crecimiento se acelerará.

—Entonces, ¿estamos irremisiblemente perdidos?

—Eso me temo.

Hubo un profundo silencio, que fue roto al cabo de pocos segundos por María Atoyac, diciendo:

—Las Comisiones de Gobierno, con los Presidentes, se ha reunido para estudiar el problema. En los planetas nos niegan la emigración, por temor a que les llevemos la plaga. Se han suspendido todos los vuelos siderales… La situación es muy crítica. No nos cabe ni el recurso de huir a otros mundos.

—Es justo. Cuando en Amaltea, el satélite de Júpiter, se reprodujo aquella enfermedad que aniquiló toda la vida de su suelo, no se permitió salir a nadie. Ya se cuidaron las Fuerzas Siderales de impedirlo. Mataron y destruyeron a las cosmonaves que quisieron escapar.

»Ahora, si nos ocurre a nosotros lo mismo, hemos de aguantamos y saber morir con estoicismo.

—¿Y por qué ha de desaparecer la cuna de la civilización?

—Porque así lo quiere Dios.

—¡Hemos de luchar! ¡Hay que hacer algo!

* * *

Fueron las mismas palabras que pronunció el Profesor Libman, aquella misma noche, poco después del regreso del abatido Sven Gueda.

—¡Hemos de hacer algo! ¡No podemos quedarnos cruzados de brazos!

—¿Y qué podemos hacer?

—¡He pedido al Presidente que nos envíen algunos de esos saurios! —rugió Libman—. La Comisión de Gobierno Africana debe comprender que en este planeta no viven ellos solos.

—¿Y qué le ha dicho el Presidente? —interrogó María.

—Está de conferencia, pero estudiará mi petición. Me ha pedido seguridades, las cuales, naturalmente, no puedo darle. Mas aunque yo no pueda dar seguridades, no quiere decirse que estemos mejor o peor. Esto es grave, queridos amigos. Tan grave, a juzgar por el informe de Sven Gueda, que no puede ser peor.

»Nos encontramos con unos animales, del orden de los saurios, que se reproducen de un modo increíble, fantástico. Unos animales que no hay modo alguno de destruir, ni con fuego, ni con nada…

Pero yo sé que todo mal tiene su remedio, como cada veneno tiene su antídoto… ¡Y eso es lo que debemos buscar, aunque perezcamos en el intento!

—¡Así se habla, Profesor! —exclamó Sven, con entusiasmo—. ¿Cuándo estarán aquí los ejemplares de muestra? De no haber sido por el accidente, ya podríamos estar trabajando.

—No lo sé. Pediré una nueva comunicación con el Presidente. Ahora, querido Sven, te aconsejo que vayas a descansar unas horas. Lo necesitas. Estos últimos días han sido de prueba. En cuanto tenga aquí las muestras te avisaré.

—Gracias, Profesor.

Sven se dirigió a la puerta, mientras Libman se acercaba al comunicador y pulsaba un conmutador, llamando a la sección de coordinación, en donde Sherrard estaba de servicio permanente, dada la cantidad ingente de llamadas que recibía el CEZUM referente a la invasión africana de saurios.

—Diga usted, profesor Libman.

—¿No ha contestado aún la Comisión de Gobierno?

—No, Profesor; aún no. En cuanto lo hagan le llamaré… ¿Está ahí Sven Gueda?

—No, acaba de salir. ¿Quiere que le llame?

—No es necesario. Se trata de sus comunicaciones con Efigenia Collins. Los agentes del gobierno están dispuestos a molestar a Gueda. No ha sido discreto.

—¿Qué quiere usted decir?… ¿Efigenia Collins? ¿No es familia del doctor Mark Collins, el desterrado que murió víctima de experiencias peligrosas?

—Exactamente, Profesor. Según me ha informado el comisionado de seguridad, Efigenia Collins fue desterrada a los EE. UU., en donde, en contra de la Ley, ha continuado las experiencias de su desobediente padre.

»Antes de marchar Sven Gueda a África, Efigenia Collins, que debió ser novia de él hace años, le llamó. Y Sven Gueda se atrevió a contestarle, valiéndose de un revendedor de publicaciones. Ahora, los agentes del gobierno de la Sección de Seguridad Social quieren ver a Sven Gueda.

»Nosotros, desde luego, hemos defendido a Sven, diciendo que lo que haga un revendedor de publicaciones no puede ser

legalmente relacionado con un profesor de Zoología. Sin embargo, las cosas no han salido bien. Temo que su ayudante, profesor Libman, sea detenido.

—¡Que detengan a Efigenia Collins, que la electrocuten o la desintegren, si gustan, pero que dejen en paz a Sven! —chilló Libman—. ¡Necesito a mi ayudante ahora más que nunca! ¡La Seguridad Social debería ocuparse de asuntos más importantes que el de molestar a los científicos!

—Haré todo lo que pueda, Profesor —prometió el encargado de la Sección de Coordinación del CEZUM, no muy seguro de sus palabras.

* * *

Por este motivo, cuando Sven Gueda llegó a su apartamiento del piso 79 del Edificio Hispania, quedó sorprendido al encontrar allí a dos miembros de uniforme negro, con las insignias de la Seguridad Social.

No fue preciso identificarle. Uno de ellos se dirigió ante Sven, encañonándole con un «paralizador», y le dijo:

—Acompáñenos, profesor Gueda.

—Eh. ¿Qué arbitrariedad es ésta?

—No se trata de ninguna arbitrariedad. Está usted detenido por mantener contacto con una centroamericana proscrita y desterrada.

—¿Se refieren ustedes a Efigenia Collins?

—Sí.

—¡Fue ella la que me llamó! ¿Por qué impiden que eso pueda ocurrir?

—Es imposible. El código internacional de comunicaciones nos lo prohíbe. Pero usted sabía quién es Efigenia Collins y lo que ha estado haciendo en White River…

—Yo no sé lo que ha estado haciendo.

—En su registro de comunicaciones está grabada la conversación que le envió ella. No lo niegue… Y tenemos la respuesta que le dio usted.

Sven comprendió. Mas no era tonto y dijo:

—Me gustaría verla.

Uno de los agentes extrajo un proyector de imágenes y reflejó en

el muro unas palabras que decían: «Recibí la comunicación. Haré por verte. Amo Gómez. Méjico».

El biólogo sonrió.

—¿Y qué significa eso? Yo no soy Amo Gómez.

—No, sin duda. Pero tenemos detenido al revendedor de publicaciones. Él nos ha dicho quién le dio un «crédito» para enviar la comunicación. Él le conocía a usted. Su fotografía aparece en las revistas técnicas. Y le delató.

Ante aquellas palabras, Sven se encogió de hombros.

—No soy abogado, señores, y ustedes lo saben. Pero tampoco soy tonto, ¿me entienden? Y mi respuesta es ésta: ¡niego rotundamente, y que quede así grabado en los registradores que llevan ustedes ocultos, que ese Amo Gómez se ha confabulado con alguien para intentar perjudicarme! Ahora, si lo desean, llévenme a la Sección de Seguridad y sométanme a todas las pruebas que quieran. Ninguna será legal.

—¿Se niega a admitir la verdad? ¡Podemos hundirle!

—Inténtenlo.

Frustrados, los dos agentes se miraron. La actitud de superioridad de momentos antes parecía haberse resquebrajado. En realidad, carecían de prueba contra Sven, y la declaración de un revendedor de publicaciones no era suficiente sólida para encarcelar a un científico.

—Está bien —exclamó el que llevaba la voz cantante—. Usted lo ha querido. Pediremos a la Seguridad Social de EE. UU., que Efigenia Collins sea detenida y juzgada por actividades peligrosas… Ella misma ha comunicado a usted haber logrado el «fuego invisible». Y su padre murió en dichas experiencias.

Sven sintió formársele un nudo en la garganta. Pero no replicó cuando los dos agentes se dirigieron a la puerta y, valiéndose de sus desintegradores osmóticos de acción fugaz, pasaron a través de la plancha de acero plástico, desapareciendo en el exterior.

En el mismo instante, el joven biólogo reaccionó. Corrió a su comunicador e hizo una llamada extraña.

Al iluminarse la pantalla visora preguntó:

—¿Está Perk?

La mujer que sonreía estúpidamente en la pantalla negó con la cabeza.

—No, señor Gueda. Ha salido con unos turistas hacia Tabasco. Pero tenemos otros pilotos. ¿Tiene que ir muy lejos?

—A África.

—Imposible —contestó la mujer, asustada—. Nos han prohibido los vuelos a África.

—Pues iremos a Siberia, pero necesito un auto-bólido de turismo antes de cinco minutos.

—Muy bien. Puede usted venir. ¿O prefiere que pasemos a recogerle en la azotea del Edificio Hispania?

—Sí, vengan a recogerme. Estaré esperando.

—Perfectamente. Le envío el piloto Gunther. Es muy experto en vuelos de exploración científica.

—Le conozco. Gracias. Le estaré esperando.

Sven Gueda cerró el conmutador de comunicaciones. Luego, fue a un pequeño armario que tenía empotrado en el grupo y extrajo un frasco con comprimidos.

—Lo que más necesito ahora es un buen estimulante. Llevo unos días que no duermo y voy de sobresalto en sobresalto.

Después de tomar el estimulante, el joven científico abandonó su apartamiento, subiendo en uno de los rápidos ascensores, hasta la azotea del alto edificio.

Allí, un empleado que le conocía, se dirigió a él, preguntándole:

—Profesor Gueda, ¿es cierto lo que dicen los comunicados de televisión acerca de esos saurios que han invadido…?

—Lo siento, Ramón —contestó Sven secamente—; no puedo contestar a eso… Debo irme.

El empleado quedó atónito. Era la primera vez, desde que conocía a Sven, que recibía una contestación tan seca y cortamente. No se había repuesto aún cuando un rápido y pequeño autobólido de alquiler se posó sin ruido sobre un extremo de la azotea y Sven subió a él.

—¡Caray, hermano! —exclamó Ramón—. Debe ser muy serio.

Al subir al autobólido, sentándose junto al risueño piloto, Sven ordenó:

—A los EE. UU.

—Pero si la señora Wrog me ha dicho que íbamos…

—¡Era un secreto! Vamos a White River, en South Dakota. Y sin perder un instante.

—Bueno, profesor Gueda. Usted es quien manda. El viaje durará menos.

—Eso espero —refunfuñó Sven, arrellanándose en el asiento.

El viaje desde Méjico, capital, a Dakota del Sur duró exactamente cuarenta y tres minutos.

—Espéreme aquí, Gunther. Tal vez traiga un acompañante a mi regreso.

—De acuerdo, profesor —replicó el piloto.

Sven se dirigió a las oficinas de información del pequeño aeropuerto de White River, donde una mujer con gafas, fea con codicia, le facilitó la información que necesitaba.

—¿Dónde puedo encontrar a la señorita Efigenia Collins?

—¡Ah, sí! Vive a las afueras, en una vieja granja. Si toma un «hélico-taxi» llegará mejor. La línea del monoraíl pasa algo distante… El taxista, cualquiera, sabe dónde está la granja.

—Gracias.

Diez minutos más tarde, cuando empezaba a despuntar el día, el «hélico-taxi» se posaba suavemente en un prado solitario, junto a una vetusta mansión de madera sintética.

Al oír el ruido de la pequeña y rápida hélice, una figura en camisón «passa», de amplio vuelo, se asomó a una ventana. Y cuando el biólogo saltó a tierra, aquella figura surgió de la casa, corriendo hacia él con los brazos extendidos.

—¡Sven!

—¡Efi, cariño!

Se abrazaron estrechamente.

No había timidez en el hombre de ahora. El cansancio había desaparecido de sus facciones como si el nuevo día y la brisa fresca de la mañana hubiese borrado la angustia de los últimos días.

—¡Gracias a Dios que has venido, mi amor!

—Tenía que hacerlo. Te quiero más que nunca y tu comunicación ha revuelto en mí una infinidad de imborrables y gratos recuerdos… ¡Oh, Efi, cómo te quiero!

Se separaron, cogidos de la mano, y se miraron con arrobamiento.

Ella dijo:

—Entra, Sven. Comerás algo.

—No puedo. Tienes que vestirte. Nos iremos de aquí

inmediatamente. Pronto el mundo entero será un horror. Y si hemos de morir todos, yo prefiero estar a tu lado.

—¿Qué quieres decir? ¿Ocurre algo?

—Un desastre irremediable, Efi.

—¿Te refieres a esa invasión de plagiotremas?… ¡Oh, Sven, yo tengo el remedio para exterminarlos! ¡He querido decírtelo a ti primero! ¡Mi «fuego invisible» los aniquilará!

CAPÍTULO V

—Aquí, en esta cápsula de wolframio, cuyo interior está recubierto de una aleación de metales raros, como el criptón y el actinio, se hallan los gases que producen el «fuego invisible». Se unen al salir, produciendo un calor tan espantoso que nada ni nadie sería capaz de resistir.

Sven Gueda apenas escuchaba a Efigenia Collins, asombrado, alrededor del laboratorio de física.

¡Y qué laboratorio, Dios!

Aquello parecía el antro de un loco, no un lugar de altos estudios termofísicos.

No pudo por menos que preguntar:

—¿Y aquí has estado trabajando estos años, Efi?

—Sí, claro. Todo me lo he pagado yo.

—¿Sin ayuda de nadie?

Ella sonrió.

—Bueno, tanto como sin ayuda… Mi tío Thomas me ha estado subvencionando desde la India. El ignora que yo haya estado dedicada a esto.

Sven vio un enorme horno, protegido por un grueso muro de ladrillos refractarios, y varios relojes termómetros, ¡cuyos números marcaban hasta el millón de grados!

Vio aparatos electrónicos, computaciones, cables eléctricos, pilas de alto voltaje, un transformador, un pequeño reactor nuclear sumergido en agua pesada y muchos aparatos y objetos, en confuso desorden; cuya utilidad desconocía.

El sótano de la granja no tendría más de diez metros cuadrados, y en él había metido Efigenia Collins tanto objeto extraño que apenas si se podía dar un paso.

Todo allí era confusión y desorden, aunque todo obedecía a un motivo puramente científico. Efigenia, además de ser una hermosa muchacha de veinticinco años, de precoz mentalidad técnica, heredada de su padre, poseía un título de ingeniero físico.

—¡No puedo creerlo!

—¿No lo crees? —inquirió ella, sonriendo—. Te lo voy a demostrar.

—No me refiero a tu descubrimiento, Efi. Aludo a que me parece mentira que hayas podido trabajar aquí y obtener un resultado positivo en tu trabajo.

—En realidad, el trabajo estaba ya casi hecho por mi padre. Yo sólo he completado sus teorías, demostrándolas. Aunque la cápsula de wolframio es cosa mía.

—¿Y tú crees que el «fuego invisible» puede destruir cualquier cosa, por tenaz y resistente que sea?

—Sí. Te haré la demostración con…

—¡No, cariño! En realidad, no tenemos tiempo que perder. He venido a toda prisa porque la Seguridad Social centroamericana me dijo que iba a pedir tu detención a la Seguridad Social norteamericana. ¡Hemos de huir sin pérdida de tiempo!

—¿Huir? ¿A dónde?

—Vendrás conmigo a CEZUM. Sólo allí puedo protegerte. Nadie sabrá quién eres, ¿comprendes?

—¿Y por qué tengo que ocultarme como una ladrona?

—¿No te das cuenta? Has estado haciendo prácticas prohibidas. Estás desterrada, has puesto en peligro tu vida y la de los demás…

Efigenia Collins abatió la cabeza, con desaliento.

—Sí, lo sé. Pero yo sólo pretendía rehabilitar la memoria de mi padre. Se lo debo. No me importa ser detenida y que me envíen a prisiones submarinas. ¡Yo debía demostrar al mundo, al universo entero, que la Comisión de Ciencias fue injusta con mi padre! ¡Y puedo demostrarlo!

—No querrán escucharte. Te detendrán y destruirán este laboratorio, no dándote la ocasión de demostrar nada. En cambio, si vienes conmigo a Méjico, tal vez podamos hacer mucho más de lo que hubieses hecho aquí.

—¿Cómo?

—Si tu «fuego invisible» es capaz de destruir a los saurios, me

juego el cuello a que la Comisión de Ciencias hará poner el nombre de tu padre y el tuyo en el monolito de los Benefactores.

Con entusiasmo y fuego inusitado en los ojos, Efigenia exclamó:

—¡Claro que puedo destruir a esos reptiles! No tengo aquí suficiente «fuego invisible», pero, con la ayuda del gobierno, podré fabricar todo el que sea necesario, por inmensa que sea la plaga.

—¿Cómo podemos llevarnos esa muestra?

—Tengo en esta cápsula una carga suficiente para convencer al más incrédulo.

—¿Y es fácil de llevar?

—Sí. Desconecto la juntura y me llevo la cápsula. No será difícil conectarla a un balón de nitrógeno, base indispensable para producir el «fuego» en donde sea necesario.

—Pues, llévatelo y vámonos. No tenemos tiempo que perder. Me espera un «hélico-taxi».

—Estaré lista dentro de cinco minutos.

* * *

En el Centro de Estudios Zoológicos de la Universidad de Méjico, Sven Gueda tenía buenos amigos. Pensaba recurrir a uno de sus alumnos internos, una chica argentina, que sería capaz de cualquier cosa por él, pero no fue necesario.

En cuanto descendió el autobólido, en compañía de Efigenia Collins, la cual se había puesto una máscara artificial y gruesas gafas de sol, para no ser reconocida, alguien se le acercó corriendo.

—¡No bajes, Sven! —Oyó él que le decían apremiante.

Se volvió a tiempo de ver a María Atoyac volando hacia él, y empujándole para que subiera al autobólido.

Ella subió con él.

—Aprisa, escape —ordenó María, al asombrado piloto—. Salga de aquí inmediatamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sven.

María se volvió a mirar a Efigenia.

—Ella tiene la culpa —dijo—. La Seguridad Social trae orden especial de detención contra ella y contra ti. Están hablando con el Profesor. Yo he salido sin que se dieran cuenta para avisarte.

»¡Es muy serio, Sven! Te has enfrentado a ellos y les has

desafiado.

Sven Gueda comprendió que había ido demasiado lejos. Instintivamente, abrazó a Efigenia de los hombros, atrayéndola hacia él con ademán protector, y dijo:

—No la abandonaré… ¡La quiero con toda mi alma, María!

La mujer biólogo suspiró de un modo resignado. Musitó:

—Lo sé. A una mujer no escapan estas cosas. Pero te has metido en un lío. ¡Más sencillo habría sido enamorarse de mí! —Sonrió y extendió la mano hacia la sobrecogida Efigenia—. Me alegro de conocerte, querida. Considérame una amiga.

Aquella mujer hablaba con el corazón.

Tanto Sven como Efigenia así lo comprendieron.

—Eres muy buena, María —musitó Sven, emocionado.

Las dos mujeres se abrazaron. Fue preciso que María Atoyac volviese el rostro hacia el piloto, para ocultar la emoción y las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

—Amigo —ordenó—, dé una vuelta por las afueras y deténgase donde quiera.

—Sí, señora.

—Señorita, si no le importa —replicó María, jovial.

Roto el hielo y la tensión, pudieron hablar libremente, sin reticencias.

—No creo que podáis burlar mucho tiempo a los de la Seguridad Social —dijo María—. Tienen medios para localizar al más escurridizo de los transgresores de la Ley. Resulta que han recurrido a sus colegas de los EE. UU., los cuales han ido hace poco a White River a detenerte. Al no encontrarte allí, han comunicado que Sven Gueda te había ido a buscar y que los dos habíais desaparecido.

»Por esto han venido, furiosos, al CEZUM. El profesor Libman tiene demasiados problemas en la cabeza para atender a todo. Ha montado en cólera y ha querido expulsarlos del laboratorio. Pero Sherrard le ha dicho que, de momento, es imposible hacer nada.

»Estamos todos bajo la tensión de las noticias cada vez más alarmantes que nos llegan de África. ¡Aquello es una locura! Y, por tanto, el Presidente no está para casos particulares.

—Comprendo —dijo Sven—. Pero, precisamente, la mujer que ellos quieren detener y encarcelar es la única que puede salvarles.

—¿Qué quieres decir? —preguntó María.

Fue preciso que Sven y Efigenia explicasen a María Atoyac todo lo relacionado con el «fuego invisible», única arma capaz de aniquilar a los saurios.

La biólogo mejicana fue un tanto escéptica.

—¿Y cómo sabéis que ese fuego prohibido y peligroso puede exterminar a los plagiotremas? ¿Lo habéis probado ya?… ¡Ah, si eso fuese cierto…!

—No lo hemos probado. Pero iba a proponérselo al profesor Libman. Sólo necesitamos un saurio para experimentar con él.

—¡Esta misma mañana lo tendremos! —respondió María—. Una nave espacial, enviada por el CEZUM, acondicionada según su propio informe, llegará dentro de pocas horas. Con ella vendrá el profesor Karl Kubum, de la
C. E. A.
Esperan que el saurio de muestra recogido se reproducirá quinientas veces durante el viaje. No estará encerrado en ninguna caja hermética y, si no conseguimos nada en veinticuatro horas, todas las crías podrán ser controladas a tiempo y devueltas a África, para evitar que se reproduzcan aquí peligrosamente.

—Escucha, María. Necesitaremos una de esas muestras. Dile al Profesor Libman que venga a verme. Le esperaremos en un hotelito que hay en la pista móvil de Tlaxcala. Se llama «El Cuervo».

—¿Podremos hacer esa experiencia hoy mismo? —preguntó María, excitada.

—Sí —contestó Efigenia Collins, sonriendo tras su máscara sintética y golpeando ligeramente el abultado bolso de mano que tenía sobre el regazo—. Aquí tengo «fuego» para una o dos de esas bestias.

—De acuerdo. Vamos a «El Cuervo», os dejo allí y regresaré al CEZUM. Hablaré con Libman en privado y, cuando tengamos aquí los saurios, vendremos a efectuar la prueba. Tenedlo todo preparado.

—Descuida, María —dijo Sven, añadiendo, con emoción en la voz—: Y muchas gracias por todo.

—No serás mío nunca, Sven —replicó ella, secamente—. Pero te quiero con toda mi alma.

Estas palabras hicieron mucha mella en la mente de Efigenia Collins.

* * *

Mientras esperaba el consentimiento de su jefe, el profesor Libman, Sven Gueda y Efigenia Collins, registrados como el matrimonio Smith, estaban en una habitación del primer piso del hotel, leyendo la última publicación oficial sobre la terrible y devastadora invasión de los saurios.

—¡Es terrible! —decía Sven—. Cuando yo los vi en Inongo por vez primera eran pequeños como hormigas… ¡Ahora, según este informe de la
C. E. A.,
son lagartos de veinte centímetros de longitud!

—¡Y continúan aumentando de tamaño! —añadió Efigenia, que se había quitado la máscara sintética y aparecía de nuevo con su belleza incitante y natural—. El informe del piloto que ha sobrevolado el Lago Leopoldo II dice que ha visto un fabuloso hormiguero, con plagiotremas que son como caimanes negros. Creyó, al principio, que se acometían entre sí, pero se confundió. Lo que ocurre es que luchan por extenderse.

—¡Y ya han llegado a la costa atlántica, junto a Boma y Banana, siguiendo el curso del río Congo!

Las noticias no podían ser más alarmantes, además de pavorosas. Según la publicación oficial, regiones enteras del África Ecuatorial habían quedado invadidas por los saurios, los cuales arrasaban todo cuanto encontraban a su paso, devorando hasta el suelo y creando profundos surcos que ocupaban inmediatamente las oleadas de saurios que venían detrás, como si todos juntos fuesen lava candente y destructiva que surgía del cráter en que se había convertido el Lago Leopoldo, foco y origen de aquella plaga expansiva y destructora.

—¿Cómo se desarrollarán con tanta facilidad? —preguntó Efigenia.

Sven se encogió de hombros.

—Ése es el mayor misterio. Si pudiéramos evitar esa fabulosa reproducción…

—¿Y tú crees que proceden de Geis?

—No lo sé. Desde luego, no están clasificados en nuestras especies conocidas. Y estoy por jurar que no pertenecen a ninguno

de los planetas conocidos y explorados.

»Por eso, y teniendo en cuenta la desaparición de la «Albor-Sa-12», en circunstancias misteriosas…

—¡Pero si el general Vallen dijo que fue un accidente por causas humanas! Parece ser que hubo desobediencia —dijo Efigenia.

—¿Qué entiendes tú por desobediencia, Efi? ¡Tu padre, por ejemplo, era un sabio que tenía razón, y se reveló contra el sistema inicuo y retrógrado de la burocracia estúpida y ciega! Él pudo hacer las cosas de otra manera y esperar a que fuese aprobado su plan de estudios. Pero eso habría tardado años, quizás se habría apolillado en la oficina de algún alto jefe de la Comisión Universal de Ciencias. Todos lo sabemos y no podemos remediarlo. Pero rebelarse contra esto es suicida.

«En astronáutica ocurre lo mismo. Un jefe dice una cosa y todos deben asentir, aunque sea la barbaridad más grande pronunciada bajo el Sol. Estoy dispuesto a reconocer que “Old” Heide cometió una falta leve, a consecuencias de la cual fue relevado del mando. Hastiado, se encerraría en sí mismo y no hizo nada para salvar la cosmonave cuando surgió el peligro».

—¡Eso es una locura, Sven! —exclamó Efigenia.

—Una locura razonada, digo yo. De todas formas, tal vez fuese un accidente súbito e inesperado, como el que me sucedió a mí viniendo anteayer de África. La causa pudo ser la misma.

—«Los astronautas habían recogido muestras del suelo. Unas esporas negras, diminutas, parecidas a caviar… ¡Y eso tiene toda la semejanza a los óvulos de los plagiotremas que yo analicé en el laboratorio del doctor Hillman, en Inongo!».

—¿Y no se podría ir a Geis a comprobar la situación ambiental del planeta? Es evidente que los astronautas no vieron ningún animal vivo.

—Exactamente, Efi. Debían estar en estado embriatorio o de aletargamiento, quizás debido a condiciones climatéricas adversas, pero favorables en nuestro ambiente.

—¡Lo que me extraña es que, siendo animales vivos, no haya nada, ni la desintegración atómica, capaz de exterminarlos!

—Yo dudo que sean animales tal y como nosotros los concebimos. Más bien diría que son organismos metálicos vivientes.

—¿Y cómo se entiende eso?

—No lo sé, puesto que se reproducen por ovulación, crecen y se mueven… ¡Pero su dureza es tal que forzosamente han de ser de un material infinitamente más duro que el acero!

—¿Como si las tortugas, en vez de tener el caparazón de carey lo tuviesen de un mineral raro e indestructible? —preguntó Efigenia Collins.

—Algo parecido. Pero sin ser animales vulnerables… en cuanto referente a eso que has dicho de ir a Geis a comprobar lo que allí ocurre, es inútil, por ahora. El viaje llevaría más de un año, viajando en «hiperluz», y cuando supiésemos algo en concreto nuestro viejo planeta ya estaría completamente invadido por esa masa creciente de saurios o lo que sean.

Efigenia se estremeció, nubló su semblante y luego dijo:

—Desde luego, mi «fuego invisible» tiene mucho más poder de fusión que la fisión nuclear. Y puedes estar seguro de que es capaz de aniquilar a esos saurios.

—Eso espero. Tengo mucha confianza en ti, amor mío.

Se acercó a ella, la tomó en brazos y la besó con profundo apasionamiento.

Ella, empero, no correspondió con mucho calor. Parecía estar preocupada. Y así era, pues dijo, cuando él la miró a los ojos, interrogativamente:

—Sólo me preocupa una cosa, Sven.

—¿Qué?

—Con el fuego que poseo sólo podemos destruir unos cuantos, tres o cuatro a lo máximo, de esos saurios. Para librar el continente africano de la plaga, es preciso fabricar mucho «fuego invisible». Y luego…

—¿Luego qué?

—¡La Tierra quedará convertida en cenizas humeantes!

Aquellas palabras causaron un tremendo impacto en Sven Gueda.

Se quedó mirando a Efigenia como quien ve a un horrible monstruo.

—¡No me mires así, Sven, por Dios! —gritó ella, echándole los brazos al cuello—. Atiende. He hecho un cálculo rápido. Es preciso emplear el fuego… ¡Pero también es preciso evacuar a toda la raza humana!

—¡Imposible! En los planetas no nos dejan entrar.

—Lo sé. No es eso. Escucha… El «fuego invisible» no deja radiaciones. Lo destruye todo, pero el calor desaparece casi al momento. Hay que idear el modo de lanzarlo. Una vez exterminados los saurios, habrá que reconstruirlo todo, casas, haciendas, plantaciones, fábricas…

—¡Eso es imposible! —estalló Sven.

Ella, con calma, respondió:

—Si no lo destruimos nosotros, lo harán los saurios… ¡Y nos destruirán a nosotros también!

Era una verdad incuestionable. Sven lo comprendió así, por mucho dolor que le produjese.

—Sería como arrasar la superficie del planeta para construirlo después —murmuró.

—Exactamente. No hay otra solución. Y haremos un mundo nuevo. Durante los primeros meses, los planetas del Sistema Solar podrán ayudarnos. Luego, seremos los habitantes del mundo más moderno y rico del Universo. Cambiaremos la estructura social, se acabará la absurda inercia burocrática, la intransigencia, la apatía…

—¡Por Dios, Efi! ¿Qué pretendes?

—¡Que en un mundo nuevo, reformado, haya cabida a la verdadera libertad de acción constructiva, que haya trabajo para todos, que haya limpieza de almas, nobleza de espíritu, verdad, razón, justicia…! ¡Ésos son los únicos caminos que conducen hacia Dios!

Efigenia Collins parecía transfigurada hablando. Sus ojos claros y maravillosos despedían un fuego brillante, limpio, y su rostro magistralmente hermoso, era la expresión del iluminado por la Divina Providencia.

Incluso Sven Gueda, de mente analítica y fría, se contagió de aquella luz, de aquel fuego, de aquella visión ensoñadora, exclamando:

—¡Sí, Efi; tú lo dices! ¡Haremos un mundo nuevo, en donde todos contribuiremos a su reconstrucción material y espiritual!

Sin embargo, en aquel instante, dentro de la habitación aparecieron cuatro hombres vestidos de negro. Se filtraron a través de la puerta gracias a su poder de desintegración osmótica de acción fugaz.

¡Eran agentes de la Sección de Seguridad Social!

Y uno, ya conocido de Sven, dijo, sonriendo:

—Sven Gueda y Efigenia Collins, quedáis detenidos en nombre de la Comisión del Gobierno centroamericano. ¡Si oponéis resistencia, moriréis! —Se volvió a sus compañeros y añadió—: ¡Encadenadlos inmediatamente!

El suelo pareció abrirse bajo los pies de la pareja.

CAPÍTULO VI

La puerta, de aquella oscura mazmorra se abrió por influencia electrónica distante, desde la torre central de vigilancia.

Sven Gueda pegó un brinco, poniéndose en pie.

—¡Profesor! —exclamó al ver a su visitante.

Harry Libman estaba allí, de pie, grave, rígido.

Detrás suyo, se extendía la plataforma submarina, la gran bóveda y la torre central que ascendía hacia el exterior, desafiando las profundidades submarinas.

¡Aquélla era la fatídica prisión submarina de las Antillas, en pleno Golfo de Méjico!

Allí, bajo la transparente cúpula que presionaban mil metros de océano, aplastándola contra el fondo submarino, estaba el encierro funesto y trágico de millares de seres humanos, condenados por distintos y no muy claros motivos.

Aquella prisión albergaba a cerca de seis mil personas.

Era una semicircunferencia, en cuya parte interior, a modo de celdas de colmena, estaban las mazmorras. En cada una de ellas había un ser viviente.

Pasillos y escaleras metálicas conducían a los distintos pisos, y no había más que un reducido grupo de vigilantes, encasillados en la torre central, único acceso a la prisión, desde cuyos muros de cristal vigilaban a los detenidos.

Fugarse de allí era imposible.

Si un detenido perforaba el único muro que le comunicaba con el exterior, el agua penetraba en su celda hasta ahogarle. Los demás muros le comunicaban con las otras celdas. Delante, estaba la puerta que daba a la plataforma submarina y a la torre central de vigilancia.

—Hola, Sven. Lamento verte en estas condiciones… Ven conmigo.

Libman hablaba de un modo casi mecánico. No parecía el mismo, y su «passa», color violeta, estaba enrollado a su cuerpo, imitando a un mosquetero del siglo XVII.

Sven llevaba cuatro días encerrado en aquella celda, sin ver a nadie, aislado completamente, y la visión de su jefe le dio un rayo de esperanza.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Al fin he podido conseguir tu libertad —dijo Libman—. Y no puedes imaginarte lo que me ha costado.

—Comprendo. Pero ¿por qué ha venido usted personalmente?

—Tengo que hablar contigo en presencia del alcaide. Ven, nos espera.

Sven siguió a Libman a través de la solitaria plataforma. Hubo de recorrer casi un kilómetro hasta llegar al pie de la impresionante torre de cristal.

La luz de gas que invadía aquel abovedado recinto tenía un aspecto fantasmal.

Al pie de la torre, había una puerta abierta. Un hombre con uniforme negro y un desintegrador en la mano esperaba. Llevaba el rostro cubierto por una máscara.

—Entren —dijo aquel sujeto.

Libman entró primero, seguido de Sven Gueda, en una especie de ascensor. Ninguno sintió moverse el suelo, ni ascender, pero sí, a los pocos minutos, al abrirse de nuevo la puerta, vieron que habían ascendido a una plataforma dentro de la torre de cristal, desde la que se veía perfectamente toda la prisión submarina.

Sobre una puerta semitransparente rezaba un letrero: Director.

La puerta se abrió y el vigilante les hizo un gesto para que entrasen.

Un hombre de negro, con el rostro descubierto, sonriente, se puso en pie.

—¿Qué tal, mi querido profesor Gueda? —saludó el director.

Sven no respondió.

Se volvió a Harry Libman, preguntándole:

—¿Y Efigenia Collins?

—Esa rebelde no saldrá jamás de aquí —contestó duramente el

director.

—¿Por qué?

—La peligrosidad de su persona nos obliga a mantenerla herméticamente incomunicada.

—Yo tengo fe en ella, la he apoyado, alentado…

—Calla, Sven —intervino Libman—. Por el bien de todos te conviene escuchar ahora.

—¿Escuchar? ¡Ya escuché las sandeces de la Sección de Seguridad Social, y les dije, desde el último mono a su más importante jefe, lo que pensaba de todos ellos! ¡Es más, les dije que si no querían morir todos, como ratas, que es lo que son, ya se encargarían de venir a sacarme! —Sven sonrió triunfal, añadiendo—: ¡Y veo que no me equivoqué!

—Sí, no te equivocaste —asintió Libman, gravemente—. Pero la situación ha empeorado mucho. La invasión de plagiotremas se ha extendido a Europa, al Oriente Medio, ha invadido el Mediterráneo y viene hacia acá, a través del Atlántico…

»¡Es una incontenible marea que adquiere, por momentos, proporciones colosales! Es preciso hacer algo y cuanto antes mejor.

—¡Efigenia Collins podía hacer algo y esos lerdos la han encerrado!

—Por eso, precisamente, estoy aquí —replicó vivamente Libman—. Deseo que me digas la verdad. ¿Crees que esa muchacha tiene el medio de salvarnos?

—Sí.

—¿Lo has visto tú?

—No, desde luego. Pero confío en ella.

El director dejó escapar una risita burlona.

—Esa mujer es una embaucadora, profesor Libman. Ya se lo dije.

—Le ruego que se calle —le atajó Harry Libman, secamente—. No estoy hablando con usted.

El funcionario enrojeció violentamente y estuvo a punto de replicar. Incluso abrió la boca para hacerlo, pero, al fin, optó por morderse los labios.

—Oye, Sven. He tenido una polémica con el Presidente. No quería recibirme y no ha tenido más remedio que hacerlo. El jefe de la Sección de Seguridad Social lo había indispuesto contra nosotros, por causa de Efigenia Collins.

»Has obrado alocadamente en este asunto, como un irrazonable colegial. Pero la situación es precaria. María insiste en que esa Efigenia puede ayudar a la humanidad y yo deseo saber la verdad.

—¡La verdad es que puede, si no es ya demasiado tarde!

—Bien, ¿qué hemos de hacer?

—Producir «fuego invisible».

—¡Eso es una patraña ideada por un irresponsable como Mark Collins! —exclamó Libman, enojado.

—Usted está al lado de la ciencia oficial, profesor. ¡Pues siga ahí! ¡Los saurios de Geis se encargarán de sacarle de su tremendo error!

—¿De Geis, has dicho?

—Sí. Los primeros gérmenes de plagiotremas metálicos fueron traídos a La Tierra por la cosmonave «Albor-Sa-12».

—Ésta es una afirmación gratuita —dijo Libman.

—Pero fundamentada en mi razón. Y, si me dan ocasión, la demostraré en su día. Ahora no podemos perder el tiempo. Hay que trabajar.

—Primero has de demostrarme que ese fuego, o lo que diablos sea, puede aniquilar a los saurios.

—¡Eso tiene que hacerlo Efigenia Collins!

—Entonces —murmuró Libman tristemente, bajando la mirada al suelo—, ¡que Dios tenga piedad de nosotros!

—¿Por qué dice eso? ¿Qué ocurre?

—Ocurre, profesor Gueda —intervino el director de la prisión submarina, con cierto desagradable retintín en la voz—, que el Presidente, ateniéndose a una serie de razones de índole particular, fruto de su benigno sentido del deber, sólo está dispuesto a dar la libertad a usted, a condición de que trabaje en la extinción de esa terrible plaga.

»Efigenia Collins no saldrá nunca de aquí.

—¡Pues que se pudra el Presidente y se pudra todo! —rugió Sven, volviéndose hacia la puerta lleno de furia—. ¡Si el más alto magistrado de nuestra Comisión de Gobierno piensa así, pronto será pasto de los saurios!

»¡Y yo me reiré de su estupidez, desde mi mazmorra!

—¡Espera, Sven! —intervino Libman, sujetando del brazo al joven—. Piensa en la humanidad. No pienses en si el Presidente y

sus consejeros están en lo justo o no. Hay una Ley que debe ser respetada. Efigenia Collins la infringió y…

—Infringió la ley para dedicarse a algo que ahora me piden a mí que ensaye para salvar sus sucios pellejos. ¡Eso es lo que hizo Efigenia Collins!

»Pero, entiéndanlo todos, díganselo al Presidente. Por mucho que huyan hacia los polos, por más que quieran burlar la ley y huir a la Luna, o a Marte, infringiendo así los códigos intersiderales, tarde o temprano, esa invasión de saurios los alcanzará y destruirá sus entrañas malignas.

»¡Y sólo una mujer, declarada fuera de la ley, proscrita como un criminal, puede salvarles! ¡No soy yo quien ha descubierto el «fuego invisible», sino ella, Efigenia Collins! ¡Y si quieren salvarse, tendrán que ponerla en libertad cuanto antes!

Con una infinita calma, Harry Libman dijo:

—He calculado que, antes de una semana, toda la superficie de La Tierra, incluyendo los mares, estará cubierta de saurios.

—¡O tal vez menos! No olvide que aumentan progresivamente de número y de tamaño.

—Sí. Se lo diré al Presidente.

—Y dígale que nuestros días, y los suyos, están contados.

* * *

El Presidente montó en cólera y ordenó desintegrar inmediatamente a Efigenia Collins, a Sven Gueda y a todo el que sintiese piedad o amistad hacia ellos. Sin embargo, se arrepintió inmediatamente de aquel «ex abrupto».

Luego, envió al infierno al jefe de la Sección de Seguridad Social y llamó personalmente a la prisión submarina del golfo de Méjico.

—¡Quiero que traigan inmediatamente a mi presencia a Efigenia Collins y al profesor Gueda! ¡Repito: inmediatamente o alguien pagará muy caro!

Ante el Presidente, Harry Libman disimuló una sonrisa.

Se dijo el docto hombre de ciencia que, en ocasiones, la ley debe ser dejada a un lado, porque leyes más poderosas que la presión o el encono de un pernicioso consejero están por encima de todo.

Aquél «inmediatamente» del Presidente duró seis minutos y

treinta segundos, pese a que la Prisión Submarina se hallaba a bastantes cientos de kilómetros del palacio del Presidente.

Cuando la pareja entró en el suntuoso y enorme despacho del primer dignatario de Centroamérica, Libman estaba aún allí.

—Acérquense.

La pareja obedeció hacia la valiosa mesa del Presidente.

—¿Es usted Efigenia Collins?

—Sí, señor. La hija de Mark Collins, el más insigne físico que ha tenido la humanidad —respondió la muchacha, con altivez.

—Su padre fue…

—¡No lo diga, por Dios! —interrumpió Efigenia al Presidente con un gesto fiero—. Han querido borrar su memoria, han pretendido anularme, hundirme, eclipsarme… Pero ¡me necesitan! ¡Quieren mis servicios porque sin mí la humanidad entera está perdida!… Y yo debo doblegarme a los decretos bochornosos y vergonzosos de los que negaron a mi padre…

—Fue la Comisión Universal de Ciencias la que prohibió a su padre de usted unas prácticas que eran, como bien quedó demostrado, peligrosas e inútiles.

—¡Yo le demostraré a la Comisión de Ciencias que los inútiles son todos esos talentos caducos y chauvinistas que la componen! —gritó Efigenia maravillosamente enérgica—. ¿Por qué no descubren algo para salvar a la humanidad en peligro?

»¡Ahora tendrán que pasar por la ignominia de ver que, un descubrimiento científico considerado por ellos como ilegal y peligroso es lo que va a salvarles la vida!

Mordiéndose los labios, disgustado, el Presidente preguntó:

—¿Puede usted hacerlo?

—Sí.

—Demuéstrelo ante el profesor Libman.

—Cuando quieran.

* * *

Fue preciso ir hasta Veracruz.

En la orilla del mar, sobre una playa finísima, se amontonaban ya los saurios, de más de un metro de longitud.

Aquéllos eran los plagiotremas que Harry Libman había hecho

traer de África, para estudiarlos, y que se habían reproducido con tal rapidez que fue preciso envasarlos en grandes depósitos e ir a tirarlos al mar.

Tropas del ejército luchaban para contenerlos, levantando obstáculos de acero para que no pudieran atravesar la barrera, porque ni las explosiones atómicas, ni los más potentes desintegradores lumínicos, habían podido destruirlos.

En presencia de Harry Libman, Sven Gueda, María Atoyac y una docena de profesores, tanto de física como de biología del CEZUM, Efigenia Collins se dispuso a ensayar su «fuego invisible».

—Necesitaré unos cuantos de esos saurios —pidió la muchacha, mientras, sobre una mesa montada al aire libre, preparaba su cápsula de wolframio, conectada a una botella de nitrógeno—. Hay que colocarlos a más de diez metros de distancia. Ustedes se colocarán detrás de esa gruesa pantalla de cristal, pues el calor que se producirá, aunque no puedan ver el fuego por ser invisible, será tan intenso que fundirá hasta el suelo.

—¿Corremos peligro? —preguntó Sven.

Los científicos estaban visiblemente nerviosos. Pero ninguno habló.

—No, ningún peligro, si no se mueven de ahí. En realidad, la acción del calor durará muy poco. Esta carga que llevo aquí es muy pequeña.

»Cuando trabajemos en mayor escala, será preciso evacuar a todo el mundo hacia los casquetes polares, en donde se practicarán refugios especiales. Estoy segura de que las nieves se fundirán. Pero es el único medio.

Mientras, algunos militares, provistos de largas tenazas, habían ido a la orilla del mar a buscar algunos ejemplares de plagiotremas. Fue preciso atenazar a tres de ellos y arrastrarlos hacia donde Efigenia quería que fuesen colocados.

Todo el trayecto lo sembraron aquellos horribles animales de grandes huevos negros, mayores que los de avestruz, de los que surgirían pronto nuevos reptiles.

—¡Déjenlos ahí! —gritó Efigenia.

Los militares obedecieron y luego corrieron a refugiarse detrás de la pantalla de cristal. Se echó el techo aislante, quedando todos encerrados, expectantes y nerviosos.

Efigenia terminó de hacer sus preparativos y luego corrió hacia el refugio, siendo acogida por Sven Gueda, quien le preguntó, mientras un ayudante cerraba la puerta de la cabina aisladora y antitérmica, tras cuya fachada de cristal de cuarzo estaban los hombres de ciencia y los militares.

—¿Cuánto tardará?

—Menos de un minuto. He enfocado el chorro de fuego hacia esos monstruos. Espero que no se vayan antes de que… ¡Mira!

Todos pudieron ver en aquel instante como de los tres saurios elegidos para la prueba surgía algo así como una tenue nubecilla. Se retorcieron los animales una fracción de segundo y quedaron inertes… ¡Para inmediatamente convertirse en algo semejante a cenizas negras!

La reverberación del suelo pudo apreciarse perfectamente, pues, en un radio de varios metros, todo se volvió súbitamente incandescente, para luego enfriarse poco a poco.

—¡Cielo Santo! —exclamó alguien—. ¡Qué poder más destructivo!

—Pero ¿y el fuego?

—Ya les dije que era invisible. Sólo podemos apreciar los efectos.

Y, casi al mismo tiempo, un intenso y súbito calor envolvió a todos los que estaban dentro de la cabina aisladora, detrás de la pantalla de cristal.

¡Un calor que, de haber durado medio minuto, habría sofocado a todos ellos, matándoles irremisiblemente!

—¡Cielos! —exclamó Libman—. ¿Qué temperatura ha adquirido ese lugar?

—Por encima del millón de grados, profesor Libman —respondió Efigenia, gravemente—. Aunque espero que ninguno de ustedes dudará de los efectos del «fuego invisible». ¡Los tres saurios han desaparecido!

Cinco minutos después, disipado ya el fabuloso calor, Efigenia, Gueda, Libman y otro científico, un físico de la CEZUM, provistos todos de gruesos zapatos antitérmicos, salieron de detrás de la pantalla y se acercaron a donde los tres saurios habían desaparecido.

El suelo despedía aún un intenso calor y todo estaba convertido

en cenizas hasta una profundidad de veinte centímetros, medida que aumentaba según iban acercándose al lugar en donde se produjo el invisible estallido del fuego.

Allí, Efigenia se hundió hasta casi la rodilla.

—Será preciso remover bien esta tierra si se quiere volver a sembrar algo —dijo la muchacha, sonriendo—. Y les ruego que analicen bien estas cenizas, profesor Libman. Entre las notas que encontré de mi padre, leí algo referente a que la tierra, después de ser sometida al «fuego invisible», será mucho más enérgica y contendrá mayor riqueza química. Él suponía que la tierra quemada con este fuego podrá producir más cosechas. Yo, desde luego, no lo he experimentado.

—Lo probaremos, desde luego —afirmó Harry Libman, todavía impresionado por lo que había visto.

Con ayuda de una pala y unos guantes, Efigenia recogió del suelo unas diminutas esporas negruzcas, que era lo que quedaba de los tres enormes saurios sometidos a incineración.

—Vean esto, señores… ¿Qué te parece, Sven?

—Me recuerda mucho las primeras huevas que vi en África… ¡Y está materialmente desintegrado! ¿No hay peligro de que se reproduzcan?

—Lo dudo. Estos animales han dejado aquí sus cenizas, sean de la especie que sean.

—No dudo de la eficacia de ese fuego satánico para acabar con los saurios —habló el profesor Libman, pensativo—. Pero tengo la impresión de que la pérdida será demasiado grande.

—No hay pérdida grande con tal de salvar a la humanidad de esta plaga —respondió Efigenia con calor.

—¿Y si después de exterminar a los saurios no podemos vivir en La Tierra? —preguntó el físico.

—¿Cree usted que podemos vivir con los saurios, profesor? —Fue la seca y tajante pregunta de Sven Gueda.

—No, indudablemente.

—Hay más, señores —continuó diciendo Efigenia—. Posiblemente nos quedaremos sin agua en los mares, sin peces, sin animales domésticos y sin tierras para sembrar… ¡Todo eso han de tenerlo muy en cuenta!

¡Fueron palabras que causaron honda impresión!

CAPÍTULO VII

Centroamérica ha sido, a través de la historia, lugar de constante agitación e inestabilidad política. Y, aunque en los dos últimos siglos, gracias a la Unión de Gobiernos, la situación se mantuvo siempre estable, ahora, cuando surgían tan graves dificultades de índole mundial, sólo en Centroamérica podía surgir la rebelión.

Todo empezó a raíz de una tempestuosa asamblea, a la que asistieron delegados de todos los gobiernos de La Tierra.

En Méjico radicaba el famoso CEZUM y sus técnicos y científicos eran los que ya fabricaban el «fuego invisible» para atajar la invasión de plagiotremas que estaba invadiendo Europa y Asia, y que pronto invadiría América.

Por tal motivo principalísimo se habían reunido en Méjico los más preclaros hombres de ciencia y de la política del mundo. Allí estaba también el famoso general Vallen, el jefe supremo de las exploraciones cosmonáuticas del gobierno Central.

(La distribución política de La Tierra en el siglo XXII era muy compleja y no hace a este relato).

En la gran sala de asambleas, Efigenia Collins, «La Proscrita», como la llamaban muchos, respondía a las preguntas de los delegados.

—¿Y no podría concentrarse el «fuego invisible» en rayos rectilíneos? —preguntó un científico alemán.

—Sí —contestó Efigenia, desde su mesa elevada—. Creo que podría ser. Hay que experimentarlo.

Otro, un delegado norteamericano, gritó:

—Insisto en que es una temeridad destruir nuestro suelo para exterminar a los saurios. Es preciso emplear otro procedimiento menos drástico.

El delegado portugués, cuyo país, miembro del Gobierno Central, ya había sido materialmente invadido por los saurios de África, protestó con energía:

—¡Eso lo dice el delegado norteamericano porque la invasión de saurios aún no ha llegado a los EE.UU.!

—¿Y por qué hemos de destruir un suelo y unas ciudades que pueden ser salvadas? ¿Acaso tenemos la culpa de que Portugal haya sido invadida antes que los EE.UU.?

—Si para rescatar a Portugal de la invasión es preciso recurrir al «fuego invisible», único medio de aniquilar el peligro, se empleará, aunque los EE. UU. se perjudiquen —terminó el delegado portugués.

Los delegados de España, Italia, Egipto, Argel, etc., países estos que ya habían sufrido las espantosas consecuencias de la tremenda invasión, y cuyas poblaciones masivas habían emigrado hacia el norte, huyendo de la plaga aniquiladora, corroboraron la tesis del delegado portugués.

Hubo un gran alboroto en la sala y el Presidente, valiéndose del timbre electrónico, les hizo callar a todos, diciendo:

—Ya está decidido el empleo del «fuego invisible», señores. Es preciso hacerlo y se hará. Ahora sólo buscamos ayuda de todas las naciones aún libres para acelerar la fabricación de cápsulas de wolframio.

»La colaboración mundial debe ser inmediata.

—¿Y por qué no nos ayudan los otros planetas de la Unión? —preguntó el delegado británico, cuyo país estaba sufriendo la mayor invasión humana registrada en la historia de los refugiados—. Es preciso tener comprensión.

—¿La tendríamos nosotros si en Marte se declarara una epidemia de saurios como ésta? —replicó el delegado soviético.

—¿Para qué cree usted que se firmaron los acuerdos intersiderales? —agregó el delegado indio, cuyo país empezaba a sentir los efectos de la invasión de plagiotremas.

—¡No son palabras lo que necesitamos aquí! —gritó Sven Gueda, desde la tribuna de los científicos del CEZUM, junto al que estaba María Atoyac, pálida y preocupada, y el profesor Harry Libman, efectuando cálculos en una tablilla con una estilográfica eléctrica.

—¿En Méjico no se entienden las personas hablando? —gritó,

por decir algo, el delegado suizo.

—Sí —respondió Sven—. Pero ya hemos hablado bastante. ¡Hechos y no palabras! ¡Nos hace falta «fuego invisible»! Nuestras fábricas y laboratorios están ya trabajando a toda intensidad. Pero sólo somos capaces de producir el diez por ciento del que se necesita para acabar con esos…

—¡Para acabar con el mundo! —chilló, fuera de sí el delegado de EE. UU—.. ¿Por qué no llevamos a nuestras naves a un mundo nuevo y lejano y dejamos que los saurios se propaguen aquí, en esta vieja tierra, hasta que se aniquilen entre ellos?

—¡En la Tierra somos doce mil millones de seres!

—Pero ¡disponemos de varios millones de astronaves!

En un extremo de la vasta sala, un hombre de rostro alargado, serio como un palo y ojos entornados, escuchaba y miraba alrededor, diciéndose que la humanidad no había cambiado en cuarenta y dos siglos de historia.

Aquel hombre adusto y de frío raciocinio era el general Vallen, ¡un hombre poderoso y peligroso!

Alguien se le acercó por detrás.

—Señor —le dijo—, quisiera hablarle.

Vallen se volvió. Sonrió fríamente.

—Hola, Hugo Liitg. Esperaba verlo aquí. Hace años que no nos veíamos… ¿Qué opina usted de esta reunión de mentes preclaras?

Bajando la voz, el elegante Hugo Liitg, jefe de la Sección de Gobierno del CEZUM, y hombre de gran prestigio en Centroamérica, dijo:

—Lo que más me enciende y subleva es que esa proscrita, contra toda ley, esté ahí subida, diciéndonos lo que debemos hacer.

—Sí, admito que es bochornoso. Pero las circunstancias…

—¡No hay circunstancia que pueda alterar el sentido estricto de la ley! —respondió Liitg, con calor—. Si lo más sagrado que hemos podido hacer no se respeta, ¿qué se puede esperar de la humanidad?

—Estoy de acuerdo con usted, Hugo Liitg. Pero me temo que nadie aquí le dará la razón… ¡Y habremos de someternos a los imperiosos dictados de esa mujerzuela!

—No seré yo quien se someta —masculló Liitg.

—¿Tiene usted algún plan? —preguntó, también quedamente, el

general Vallen.

—Puede que sí —fue la seca y tenue respuesta—. Si le conviene oír una interesante teoría salga un momento fuera. En mi autobólido hay un hombre que tiene algo importante que decirle a usted.

Sin moverse de su asiento, Vallen preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Se llama Esmet Drago, y fue, hasta hace muy pocos días. Jefe de la Sección de Seguridad Social.

¡Drago! —El general Vallen se puso en pie—.

Vamos.

* * *

Esmet Drago era un intrigante.

En realidad, el mundo, la humanidad y la historia de la civilización le importaban muy poco. Lo único importante que había para él en este mundo era su propia vida.

Como Jefe de la Sección de Seguridad Social de Centroamérica, había sido el que mandó siempre, prácticamente, por encima del propio Presidente.

Pero cometió el error de juzgar mal a Efigenia Collins, enfureció al verse burlado por Sven Gueda, y la rabia le dominó cuando el profesor Harry Libman logró la atención del Presidente, en contra de sus propias teorías.

—¡Esa desterrada debe morir, señor! —había dicho Drago, tajante—. Ni siquiera una invasión de saurios puede hacernos rectificar una sentencia inapelable.

Empero, el Presidente tenía otros consejeros y venció la sensatez.

Efigenia Collins fue liberada.

¡Y Esmet Drago fue destituido!

Mas como era un mal perdedor, conspiró…

* * *

—¿Cuál es el plan? —preguntó secamente Vallen.

Drago y Liitg se miraron. Sonrieron.

—Hablemos claro —sonrió aviesamente Drago—. Tengo la impresión de estar en una barca que hace aguas. El fin del mundo se anunció siempre por los profetas como lluvia de fuego. Creo que se equivocaron… ¡El fin del mundo vendrá con una invasión de saurios!

—Ya ha empezado —rectificó Hugo Liitg.

—¿Y bien?

—¿Por qué morir neciamente? —preguntó Drago, retrucando a Vallen—. ¿Le gustaría morir abrasado, víctima de las experiencias de esa loca proscrita?

—No, sin duda. Pero ¿cuál es el plan?

—Tengo hombres que me son adictos en la Sección de Seguridad Social; hombres que no han visto con agrado mi destitución… ¡Hombres que están trabajando ya para sabotear la fabricación de ese condenado «fuego invisible»!

Vallen envolvió a Esmet Drago con una de sus gélidas miradas.

—Siga.

—Efigenia Collins y sus amigos del CEZUM fracasarán.

—Es fácil. Pero ¿y de los saurios?

—Invadirán La Tierra.

—¿Y nosotros?

—¿No es usted el jefe de Exploración Cosmonáutica? ¿No conoce ningún mundo lejano y habitable en donde podamos refugiarnos y rehacer la sociedad bajo un principio distinto al que rige aquí, en donde se respeten las leyes que nosotros dictemos?

—Me gusta el plan —dijo Vallen—. Y conozco muchos mundos lejanos, con atmósfera similar a la nuestra, perfectamente habitables. Pero…

—¡No hay pero, general Vallen! —exclamó Hugo Liitg—. La ley ha sido hollada, ¿por qué no la hollamos nosotros también? Si se refiere a las patrullas siderales que podría impedirnos la huida, eso no es problema.

—¿Por…?

—¡Porque usted tiene cosmonaves experimentales capaces de burlar la vigilancia de la Comisión Universal de Gobierno!

—Sí. Tengo una nave, la «Luxor-Ga-2», con capacidad para cien pasajeros, que puede despegar en «hiperluz» desde la misma base.

—¡Ninguna cosmonave intersideral podrá detenernos!

—Desde luego que no. Pero… ¿Iremos nosotros solos?

—Eso de los Robinsones fue un cuento, general —sonrió Hugo Liitg—. Si hemos de formar un triunvirato de gobierno, necesitaremos seres que gobernar. Hay mucha desesperación en La Tierra para que la gente no luche por venir con nosotros. Incluso podremos elegir los más aptos, los más fuertes, las mujeres más bellas, las más sabías…

—¿Podremos llevar a Efigenia Collins? —preguntó aviesamente Esmet Drago.

Sus dos cómplices captaron su maquiavélica idea.

—¿Y por qué no? Su «fuego invisible» podrá tener muchas aplicaciones tácticas y defensivas… ¡Y podremos hacer que se respete la ley en su persona!

Rieron los tres y se estrecharon la mano.

—Yo prepararé en pocos días una serie de veinte «Luxor-Ga-2» —terminó el general Vallen.

—Yo reuniré los que vendrán con nosotros… ¡Dos mil personas nada más! —agregó Hugo Liitg.

—¡Y yo destruiré a esta caduca humanidad! —terminó Esmet Drago, con ferocidad tan satánica que hizo pensar a los otros dos en la posibilidad de deshacerse de él en cuanto hubiesen escapado de la condenada Tierra.

Eran tres individuos poderosos, muy capaces de realizar sus traidores proyectos.

* * *

Atrevidos operadores de T. V. retransmitían a todo el mundo el estado infracaótico en que se había convertido el continente africano. En la sala de su apartamiento, del piso 79 del Edificio Hispania, mientras María Atoyac preparaba unos emparedados, Efigenia Collins y Sven Gueda contemplaban aquellas horribles imágenes en la pantalla polícroma.

—¡Es espantoso! —exclamó Efigenia—. Esos monstruos son ya terriblemente grandes.

—¡Como cocodrilos gigantes! —añadió Sven—. ¿Cuál será el límite de su desarrollo?

—Mucho me temo que mientras haya humedad en nuestra tierra estarán proliferándose de ese pavoroso modo.

En la pantalla se veían millones de enormes mandíbulas, provistas de agudos dientes negros.

¡Miles, millones, billones de cuerpos se hacinaban, agitándose, revolviéndose, produciendo un ruido terrible y ensordecedor!

El «hélico-taxi» en donde estaba instalada la cámara de T. V. descendía muy bajo, sobre aquel dilatado mar de cuerpos horrendos, mostrando a los saurios en su constante progresión.

La emocionada voz del locutor decía:

—Esto es lo que queda de África, señores… Miles de kilómetros cuadrados invadidos por las fieras que están viendo, y cuya plaga se extiende ya a media Europa, a la India… ¡Y avanza, bajo el Océano Atlántico, hacia el continente americano!

»¿Qué hace la doctora Collins?

»¿Dónde está el fuego que ha de exterminar ésta inmensa plaga?

—Toda la humanidad está pendiente de ti, Efi —dijo Sven.

La muchacha, muy pálida, se volvió a él.

—Sí, cariño —respondió con voz trémula—. Ya se están construyendo los grandes refugios en Groenlandia, en la Antártida. Pero albergar a doce mil millones de personas, aunque sólo sea por pocos días, es labor de titanes.

»Sólo desplazarlos requiere un ingente número de aeronaves, barcos y vehículos de todas clases. Y ahora que hablo de esto, ¿por qué crea dificultades el general Vallen?

—Dice que es preciso salvar las cosmonaves de exploración.

—¡Por muy valiosas que sean, nunca justificarán la pérdida de una vida! —respondió Efigenia—. Se lo comunicaré hoy mismo al Presidente.

María Atoyac regresó con los emparedados, poniéndolos sobre una mesita que surgió del suelo, ante ellos.

—Necesitamos comer y descansar. ¿Sabéis cuántas horas lleváis ambos sin dormir?

Sven y Efigenia miraron a la biólogo.

—¿Cuántas? —preguntó Efigenia.

—Ciento dos horas, calculando desde que os soltaron de la Prisión de las Antillas.

Efigenia dejó escapar una sonrisa, mezclada con un gorgorito

riente:

—¿Y tú no sabes que allí no pude dormir? Estoy tomando píldoras antisomníferas. Sé que es malo abusar de ellas… ¡Pero eso —señaló a la pantalla en donde se veían los saurios agitándose— me quita el sueño!

—El profesor Libman me ha comunicado hace poco que la factoría de Potosí está ya produciendo hidrógeno y nitrógeno en cantidades masivas para tu mezcla —habló Sven.

—Y lo mismo hacen en Chile, en Argentina, en Canadá y en los EE. UU. —añadió María Atoyac—. Incluso se intenta fabricar cápsulas grandes de wolframio, criptón y actinio, para emplearlos a modo de lanzallamas. Hay un millón de físicos trabajando activamente con el «fuego invisible».

—Espero que se den prisa todos —dijo Sven Gueda, comiendo un emparedado y bebiendo un vaso de licor ambarino, llamado «enese», de propiedades digestivas, muy saludable y energético.

—El tiempo apremia y… —empezó a decir María, pero se interrumpió al cambiar la imagen de los saurios en la pantalla visora y aparecer el rostro de un conocido locutor centroamericano.

—Atención, señoras y señores —dijo el locutor con voz trémula —. Acabamos de recibir noticias de Santo Domingo, según las cuales, en la parte oriental de la isla se han visto ya los primeros plagiotremas… ¡La invasión masiva de América está próxima!

»Según se nos informa, los saurios que se han visto cerca de la isla tienen un tamaño descomunal. Esto explica, en parte, la elevación de las aguas, que como ya les informamos anteriormente, han experimentado un crecimiento de cuatro metros y medio.

»También se empiezan a percibir trastornos celestes, debido al considerable aumento de peso de nuestra tierra. Según el observatorio de Monte Palomar, la Luna se nos ha acercado sensiblemente.

»Estas alteraciones han producido seísmos en Japón y en las islas aleutianas, y alguna erupción volcánica en distintos sitios del Pacífico.

»La alarma se extiende entre los refugiados del norte de Europa y se están cometiendo muchos actos de rapiña, crímenes y muertes. Los servicios de Seguridad Social de las zonas afectadas por las grandes masas de emigrados no pueden controlar ya la situación.

»En Centroamérica esperamos que se conserve la calma. Ya no puede faltar mucho para que el «fuego invisible» de la señorita Efigenia Collins esté preparado y se pueda pasar a la contraofensiva.

»Mientras, nos llegan noticias de que les refugios antitérmicos de los cascos polares se están activando a un ritmo acelerado. Se calcula que esta tarde, o mañana, todos los refugiados de África y Europa del Sur podrán ser albergados en Groenlandia.

»El Presidente, que está activando personalmente toda la preparación de la Gran Ofensiva, nos ruega divulguemos que haya calma y serenidad. Se han tomado todas las medidas oportunas para evitar que nos invadan los saurios.

»En cuanto a las localidades ribereñas, afectadas por las inundaciones, nos es grato comunicar que la Sección de Salvamento ha actuado previsoramente y no hay que lamentar ninguna víctima, aunque sí, inevitablemente, la pérdida de muchos hogares y enseres.

»Seguiremos comunicándoles las noticias a medida que las vayamos recibiendo. Ahora, les invitamos a contemplar algunas escenas retransmitidas desde España, en donde la invasión está llegando ya a los Pirineos. Podrán observar ustedes el tamaño descomunal que tienen ya los saurios, después de quince días de desarrollo y crecimiento progresivo.

»Señores, les confesamos que es algo espeluznante.

María Atoyac cerró el contacto del T. V. y se volvió a la pareja, exclamando:

—¡Esto no hay quien lo resista! ¿Qué dicen de la Comisión Universal de Gobiernos, reunida en Venus? ¿Acaso no importamos ya a los planetas descubiertos y colonizados por nosotros? ¿Por qué nos vuelven la espalda?

—Es la ley —dijo tímidamente la única mujer que se había puesto deliberadamente fuera de la ley para salvar a la humanidad.

—No discutáis eso, queridas —intervino Sven—. Las cosas son…

Se interrumpió al escuchar el zumbido de llamada del comunicador.

—Debe ser Libman. Posiblemente nos necesita.

Fue al aparato y presionó el conmutador. Al instante apareció el rostro angustiado de Sherrard, el jefe de la sección de coordinación del CEZUM.

—¡Sven, qué desastre!

Tanto María Atoyac, como Efigenia Collins, al oírle, se pusieron en pie, acercándose a Sven y al comunicador.

—¿Qué ocurre?

—La factoría que el profesor Libman estaba montando en Potosí ha estallado. ¡Aquello es una hecatombe! ¡Hay millares de muertos! ¡Mil veces peor que una explosión de «Curio»!

CAPÍTULO VIII

Al abrir la puerta para salir del apartamiento, cuatro individuos vestidos de negro les cerraron el paso.

—¡Adentro! —exclamó uno de ellos, encañonando a Sven Gueda con una pistola paralizante.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué dificulta nuestra labor la Seguridad Social?

—No haga preguntas, señorita Collins —respondió uno de los hombres—. Recibimos órdenes.

—¿De quién?

—De Esmet Drago.

—¡Pero si ese hombre es un proscrito!

Sven, aprovechando una coyuntura favorable, quiso lanzarse sobre uno de los agentes y desarmarlo. Otro, anticipándose, le disparó y el biólogo quedó convertido en algo parecido a una estatua, para luego desplomarse pesadamente.

Sin perder un segundo, los agentes hicieron retroceder a las dos mujeres y arrastraron a Sven, dentro del apartamiento.

—Hay que maniatar a esa mujer —dijo el que parecía el jefe, señalando a María Atoyac— y a Sven Gueda.

—¿Qué se proponen hacer conmigo? —preguntó Efigenia.

—Usted vendrá con nosotros.

—¿Adonde?

—No lo sé exactamente —contestó el hombre—. Pero se trata de salvarle la vida. Creo que a un valle situado en el Tibet. Allí están las naves del general Vallen, que nos llevarán a todos a un distante planeta en donde estaremos a salvo de la invasión de saurios.

—¡Esto es un rapto! —gritó Efigenia intencionadamente, utilizando todo el poder de su garganta, pues sabía que ninguno de

ellos había cerrado el comunicador, después de recibir el alarmante mensaje de Sherrard—. ¡Y no iré a ninguna parte con ustedes!

—Le ruego que no grite y sea razonable, señorita… ¿Qué hacéis vosotros? ¡Atad a María Atoyac!

—¡Socorro! —gritó María, al mismo tiempo, empujando con violencia a los dos hombres que pretendían agarrarla, y corriendo hacia la puerta.

Uno de los agentes quiso sujetarla.

María pegó con ambos puños, alcanzando al hombre en el rostro. Se escapó hacia una de las ventanas, porque otro sujeto le bloqueaba la puerta.

—¡Que no abra! ¡Paralizadla!

Un arma entró en funcionamiento, envolviendo a María con su carga electro-paralizante.

¡Y esto provocó el siniestro!

Lanzada como estaba, María continuó su carrera por inercia, ya paralizada, pegó contra el cristal de la ventana, rompiéndolo.

Nadie pudo sostenerla.

Su cuerpo vaciló un instante, rígido ya, y luego cayó al vacío, desplomándose a la calle desde 79 pisos de altura.

Efigenia Collins lanzó un grito de angustia.

¡Y todas aquellas palabras fueron escuchadas a través del comunicador que continuaba abierto!

—¡Hemos de escapar aprisa! —ordenó el jefe del grupo.

Entre dos sujetaron a Efigenia, dominándola y llevándola hacia la salida. Ninguno se preocupó del postrado Sven, quien no se recuperaría en un par de horas.

Sin embargo, en la Sección de Comunicaciones de Méjico se recibió aquella llamada y se comunicó urgentemente a las fuerzas leales de Seguridad Social.

Los raptores no pudieron salir del Edificio Hispania. Cuando llegaron a la azotea, llevando a Efigenia, varios autobólidos de la Seguridad Social se posaban sobre la plataforma.

Hubo un rápido cambio de disparos paralizantes y dos cómplices de Esmet Drago cayeron. Otro, huyendo, corrió la misma suerte que María Atoyac, aunque su caída hacia la calle fue de mayor altura.

El tercero, el jefe del grupo, arrojó su pistola y se rindió. Así pudo ser salvada Efigenia Collins y se descubrió el hilo que habría

de conducir en pocas horas hasta los saboteadores de las factorías de «fuego invisible».

En el apartamiento de Sven se celebró el interrogatorio.

Primero se dio un «cordial intramuscular» a Sven y a los dos detenidos, y luego, el oficial de seguridad preguntó lo que había ocurrido.

Explicado por Efigenia Collins, sin omitir nada, el oficial se encaró con los traidores.

—¿Es cierto que Esmet Drago y el general Vallen quieren huir de La Tierra?

El detenido asintió. Sabía que era inútil negar nada. Había pertenecido a la Seguridad Social y conocía los métodos empleados para hacer hablar a un detenido. No les maltrataban. Se limitaban a someter sus mentes a una corriente magnética, que anulaba la voluntad y les obligaba a decir solamente la verdad.

A él no le sometieron a este tratamiento. No era necesario.

—Esmet Drago y sus amigos han destruido la factoría de «fuego invisible». Lo mismo intentan hacer con las factorías del extranjero.

—¿Con qué fin?

—La Tierra está condenada. Un grupo de seleccionados, dos mil en total, íbamos a escapar en las rápidas astronaves del general Vallen. El señor Hugo Liitg es quien recluta los que deben venir con nosotros fuera de La Tierra.

Sven Gueda, furioso, increpó:

—¡Eso es una cobardía! ¿Qué se proponen esos malditos?

—Crear en un mundo nuevo una raza nueva. Drago, Vallen y Liigt serían los gobernantes. Para evitar que pudieran seguirles, han decidido que perezca la humanidad, abandonándola a su suerte ante la invasión de saurios, para lo cual debían destruir, como ya creo que han hecho en Potosí, las factorías de «fuego invisible».

—¡Seréis desintegrados por eso! —rugió el oficial de la Seguridad Social—. Comunicaré inmediatamente con la Sección y el Presidente tomará cartas en el asunto… ¡Es demasiado monstruoso esto para demorar su rápida y ejemplar acción!

—Nosotros iremos a ver al Presidente —dijo Efigenia—. Podemos pasar a su despacho nada más llegar. ¡Hay que impedir que esos monstruos lleven a cabo su complot!

* * *

El Presidente, que paseaba furioso por su despacho, después de saber la noticia llegada de Potosí, en donde había reventado la factoría, muriendo el profesor Libman y algunos centenares de científicos, al ver entrar a Sven y Efigenia se volvió, rugiendo:

—¡Usted es la culpable, señorita Collins! ¿Cuál ha sido su error? ¡Corremos un riesgo mortal…!

—No ha sido ningún error, Presidente —le atajó Efigenia, decidida—. ¡Ha sido un inmundo y vil sabotaje!

—¿Sabotaje?

—Lo que oye, señor —intervino Sven.

Y, en pocas palabras, explicó lo que había ocurrido.

El Presidente le escuchó boquiabierto. Y, no creyéndolo, hizo llamar a uno de sus consejeros, quien corroboró lo dicho por Sven. También recibió, casi al mismo tiempo, un informe de la Sección de Seguridad Social.

—¡Quiero a Esmet Drago, al general Vallen y a Hugo Liitg inmediatamente a mi presencia! ¡Tráiganmelos atados con cadenas!

El nuevo jefe de la Seguridad Social, empero, dijo:

—Para detener al General Vallen necesitamos autorización de la Comisión Universal de Gobierno. Y, antes de que nos la concedan, habrá escapado.

—¿Dónde está?

—Según nos ha dicho uno de los detenidos, se encuentra en cierto valle del Tibet, preparando veinte cosmonaves para…

—¡Pues vayan allí a detenerle! ¡Envíen al ejército, aunque signifique la violación de un territorio extranjero! Yo daré las explicaciones diplomáticas… ¡Maldito sea Vallen y su cohorte; eso es ser mil veces traidor!

—Sí, señor. Es una canallada —corroboró Sven Gueda, furioso aún—. Por muy alto que sea un dignatario, no se le puede permitir la deserción en circunstancias como ésta.

—¡Desde luego que no!

—Permítame, señor Presidente, ir con la tropa que detenga al general Vallen. Yo seré testigo ante la Comisión Universal de Gobierno.

—Gracias, Sven Gueda. Vaya y póngase al servicio del coronel

Kanata… ¡Y usted, por Dios se lo pido, señorita Collins, vaya a Potosí y procure reconstruir la factoría! Pida lo que necesite. Si quiere brazos para el trabajo, traeremos a los refugiados de las playas afectadas por la inundación. Pida aeronaves para el transporte de material, técnicos al CEZUM, haga lo que crea conveniente. Pero es preciso recuperar el tiempo perdido… ¡Todos los minutos son vitales! —El Presidente se volvió a uno de sus consejeros y le rugió—: ¡Y capturen a Esmet Drago y a Hugo Liitg! ¡Los quiero detenidos hoy mismo!

Efigenia y Sven salieron juntos del palacio presidencial. Se despidieron con un fuerte abrazo, diciéndose:

—Te adoro, Efi.

—¡Yo no podré vivir sin ti ni una hora!

—Cuando termine esto no nos separaremos jamás.

—¡Dios te oiga, amor mío!

Él acompañó a Efigenia hasta un autobólido oficial, que la trasladaría a Potosí en pocos minutos, donde había mucho que reconstruir.

Luego, Sven se fue al aeródromo, en donde un regimiento aerotransportado se disponía a cruzar el planeta y llegar hasta el Tibet, para arrestar al jefe de exploraciones cosmonáuticas del Gobierno Central europeo, general Vallen.

Al frente de aquellas tropas, armadas con poderosos cañones atómicos y de rayos desintegradores «Lasser», estaba el coronel Kanata.

Un oficial indicó la aeronave rápida ante la que estaba el coronel.

—Es la número quince… Al coronel le gusta el número quince. Es su preferido.

Sven encontró a Kanata vestido con un «tuy» color malva, muy holgado —pues debajo llevaba un chaleco antiradiactivo— y un «passa» azul cobalto, como los militares. En el escudo metálico de su pecho se veían las insignias de su mando.

—Perdón, señor. Me envía el Presidente…

Kanata no dejó continuar a Sven. Le atajó:

—¡Ah, Sven Gueda; ya me han comunicado su llegada! Partimos ahora mismo. Ya puede subir a bordo. Vendrá usted conmigo. ¿Le interesa pasar sobre África?

—Si es posible, de paso, me gustaría ver cómo está aquello.

—A mí también. Pese a lo que digan las publicaciones oficiales, será un placer lanzar unas cuantas bombas de «Curio» a ver qué ocurre.

—No conseguirá nada. Guarde las bombas para el general sublevado. Tal vez intente oponer resistencia —respondió Sven, empezando a subir la pasarela móvil, hacia la gigantesca aeronave de motor atómico.

Un altavoz dio la orden de subir a las naves.

Luego, al cerrarse las compuertas, el rugido de la flota, haciendo funcionar sus motores auxiliares, invadieron el aire del aeropuerto.

Uno tras otro, los treinta y dos gigantes del aire, llevando a bordo más de seis mil hombres, emprendieron el vuelo, para, al alcanzar los tres mil metros, poner en funcionamiento los poderosos motores atómicos y hendir el aire como saetas en dirección a oriente.

La nave en la que viajaba Sven Gueda, con Kanata y su estado mayor, fue la décimo quinta en orden de despegue. Ya en el aire, tomaron la formación estratégica que les era propia.

A los pocos minutos de vuelo, una llamada sideral le fue pasada al coronel Kanata, en cuya cámara tenía una enorme pantalla catódica.

Un individuo con un casco brillante, perteneciente a las patrullas del espacio, le habló:

—Coronel Kanata, está prohibido que salgan de la atmósfera terrestre.

—¡Lo sé, mi buen Harris! Los amigos se han enojado y se vigilan ahora como el perro y el gato —respondió Kanata, jovial—. Pero no temas, amigo. Las órdenes que tengo no son de salir de la atmósfera. Al contrario, vamos a interceptar a alguien que pretende hacerlo.

—¿Hay algún loco capaz de intentar la huida y burlar los códigos intersiderales?

—Sí, Harris —contestó Kanata—. Y nada menos que el general Vallen. Nosotros vamos al Tibet a por él. Te sugiero que coloques tus naves sobre aquel punto, para evitar que se nos escape el prófugo.

—¡El general Vallen! —El semblante del oficial de las patrullas

siderales se demudó—. ¡Mi hermano Pete fue desintegrado por orden de Vallen, acusándole de traición! ¡Gracias, Kanata, creo que ha llegado mi momento!

—¡Eh, no os precipitéis! Yo tengo la prioridad.

—¡Por favor, Kanata, déjame algo!

—Ya veremos, ya veremos.

* * *

Pasaron las aeronaves sobre África, a diez mil metros de altura, y no fue posible apreciar más que una mancha negruzca, viviente, que fugazmente aumentada en los visores, permitió ver a saurios de diez metros o más de largos.

Luego, Kanata ordenó conectar el radar de detección.

A su lado, en su estado mayor, Sven pudo seguir los incidentes de la búsqueda o rastreo, por medio de potentes focos de rayos infrarrojos.

Y el aviso se recibió en la cámara de Kanata cuando sobrevolaban la impresionante cordillera del Himalaya.

—¡Señor, los hemos localizado en el valle de Nam-Zilli! —informaron desde la aeronave exploradora—. Pero ¡sobre nosotros, en la ionosfera, están las cosmonaves de las patrullas siderales!

El coronel Kanata miró a Sven Gueda y sonrió.

—Ya está la rata en la ratonera… ¡Dadme comunicación!

En la gran pantalla desapareció la imagen del informante, para verse a continuación una serie de montañas que parecía ascender rápidamente. Varios puntos, como edificios y hangares, aumentaron también en el fondo, hasta llegar a percibirse perfectamente las torres de lanzamiento.

—¡Son veinte! —exclamó Sven—. Pero algunas no están instaladas aún.

—Le felicito por su buena vista, profesor Gueda —repuso Kanata —. Y si la mía no me engaña, aquellos puntos negros son personas que corren a ocultarse… ¡Atención, quiero hablar con el general Vallen!

Se oyeron gritos, órdenes y pasos precipitados en el altavoz, a medida que la imagen aumentaba de tamaño, viéndose ya perfectamente a los hombres y mujeres que corrían hacia los

edificios adjuntos a las torres metálicas.

—¡Esas ratas se disponían a escapar! —gritó Kanata—. Láncenles dos granadas altas de aviso… ¡A ver si Vallen se convence de la conveniencia de responder a mi mandato!

—¡Le oigo perfectamente, señor! —Llegó la voz de Vallen—. Estoy en una cosmonave. No disparen, si quieren salvar vidas. Tengo aquí casi dos mil rehenes.

—¡Ésos son tan traidores como usted, Vallen! —respondió Kanata—. Y les conmino a todos a que se entreguen o les pulverizaré.

—¿De veras? —rió el general Vallen—. ¿Con quién hablo?

—Con el coronel Kanata.

—Usted es inferior a mí en graduación —respondió Vallen—. No puede detenerme. Además, pertenezco al Gobierno Central y poseo inviolabilidad diplomática.

—¡Vamos, general, déjese de tonterías! Traigo órdenes de mi Presidente, O le capturo y le llevo a Méjico o le mato. Elija usted mismo.

Sven Gueda percibió la tensión entre los oficiales de Estado Mayor de Kanata. Tanto él como ellos sabían que aquello era una irregularidad. Pero ¿no estaba viviendo La Tierra una mayor irregularidad?

—¡No venga, Drago! —se oyó gritar a Vallen por el altavoz.

La imagen de la pantalla seguía fija, como si la cámara tomavistas estuviera colocada a cien metros sobre el valle de Nam-Zilli, enfocando perfectamente el aeródromo en donde estaban las astronaves «Luxor-Ga-2», orgullo de la astronáutica moderna, y con las cuales pensaba Vallen burlar a las aeronaves de Kanata.

—¿Qué ocurre, general Vallen? —Oyeron preguntar al que había sido jefe de la Sección de Seguridad Social.

—¡Huya, demonios! ¡No ve sobre su cabeza a las aeronaves del ejército!

En aquel instante, en la pantalla apareció un auto-bólido de turismo que se dirigía hacia el valle, con intención de tomar tierra.

—¡Interceptadlo! —ordenó Kanata.

Varias aeronaves se lanzaron sobre el autobólido, disparando ondas magnéticas. En contados segundos, el autobólido de Esmet Drago quedó paralizado en el aire, dominado por el influjo

metálico.

Sin embargo, alguien se lanzó con un rápido paracaídas de frenado a bajo nivel.

—¡Capturad a ese hombre! —rugió Kanata.

Una sección de «hombres-pájaros», provistos de alas planas y pequeños motores de retropropulsión, surgieron de una aeronave, lanzándose en picado hacia el paracaídas.

Como aves de presa, los «hombres-pájaros» rodearon a Esmet Drago, pues él era el que intentaba huir, y le sujetaron, llevándole entre cuatro hacia la aeronave de donde procedían. Los otros, armados hasta las cejas, por tratarse de tropas especiales de asalto, le dieron escolta.

—Ya tenemos a uno —musitó Kanata, entre dientes, sin moverse de su mesa.

Pero en aquel momento, Sven Gueda emitió un grito.

—¡Mire, coronel!

Del centro del valle surgió una potentísima luz. Casi en el acto, un rayo ígneo hendió el aire, desde el suelo a la ionosfera, con una velocidad tan fantástica como alucinante.

—¡Se nos escapa Vallen en una astronave!

—¡Es inútil! ¡Han partido en velocidad «hiperlumínica»! —informó en el acto uno de los técnicos de rastreo.

—¡Avisad a Harris! —rugió Kanata, pegando un brinco y poniéndose en pie.

La imagen de la enorme pantalla se borró, apareciendo en el acto una visión del cielo, con sus rutilantes estrellas. ¡Y en el centro de la imagen vieron el rayo de luz ígneo dejado por la «Luxor-Ga-2», en su centelleante huida!

Pero también vieron siete u ocho puntos luminosos, tan raudos como la cosmonave del general Vallen, partiendo de distintos lugares del cielo, y yendo a interceptar aquella línea fugaz.

—¡Bravo, Harris! ¡Atízale fuerte! —gritó Kanata.

Sven Gueda, sobrecogido, vio, de súbito, al coincidir los puntos luminosos sobre la trayectoria de la «Luxor-Ga-2», una cegadora explosión.

Luego, por el altavoz, todos oyeron:

—Si el asesino de mi hermano Pete iba en esa cosmonave, que Dios tenga piedad de su alma. —Era la voz de Harris, el jefe de la

vigilancia intersideral.

—Gracias, Harris. Has cumplido con tu deber. Nadie puede salir de La Tierra… Nosotros nos ocuparemos de los que quedan en el valle.

CAPÍTULO IX

Hugo Liitg, que aún era jefe de la Sección de Gobierno del CEZUM, fue quien pagó para sabotear las instalaciones de Potosí. Estaba ahora intentando sabotear también las factorías de Argentina, Canadá, Chile y EE. UU., y, como científico, agregado al CEZUM podía moverse con facilidad.

Sin embargo, por estar en contacto directo con el valle de Nam-Zilli, y por haber escuchado por onda corta lo que allí ocurrió, regresó a Méjico y se instaló en su despacho.

Sobre su mesa, colocó un foco desintegrante, provisto de un pulsador que tenía al alcance del pie.

Esperó.

Sabía que no tardarían en ir a buscarle.

Y así fue. No tuvo que esperar mucho.

Los agentes de la Seguridad Social penetraron a través de la puerta de su despacho, encañonándole. Un oficial se adelantó, diciendo:

—Lo siento, señor Liitg. Pero tengo orden de detención contra usted.

—Les esperaba… Sí, me confieso culpable y pienso pagar. Pero ¿podría saber qué ha salido mal?

—Lo ignoro, señor Liitg.

—¿Han capturado también a mis cómplices?

—A muchos, sí. A otros se les capturará después. Debieron comprender que era inútil luchar. ¡La ley debe ser respetada!

—¡La ley, la ley! ¿Se ha respetado acaso con Efigenia Collins y sus amigos? ¿No quiere usted saber nada, verdad, oficial?

—Sólo sé que Efigenia Collins infringió la ley a sabiendas de hacer un bien a la humanidad. Eso es lo que dicen las informaciones

oficiales. No deseo complicarme la existencia sabiendo más. Ahora, le ruego que venga con nosotros.

—Lo siento, oficial. No pienso dar cuenta de mis actos al tribunal de los hombres… ¡Prefiero hacerlo ante Dios! Él fue quien metió el miedo en mi cuerpo y quien me indujo a ser traidor e intentar la salvación en la huida… ¡Él sabrá perdonarme!

Con la punta del pie, Hugo Liitg presionó el pulsador.

El foco desintegrante se iluminó con un fogonazo cegador. Al disiparse el chasquido, el cuerpo sin cabeza del jefe de la Sección de Gobierno del CEZUM cayó aparatosamente al suelo.

Nadie pudo hacer nada por impedirle el quitarse la vida.

De todas formas, habría vivido muy poco.

* * *

La movilización inmediata de la Seguridad Social Centroamericana y el golpe de audacia del coronel Kanata, sobre el valle Nam-Zilli, desarticularon aquel conato de evasión.

La ley continuaba cumpliéndose. Esto era lo más importante.

Y como las dos mil personas que pretendían acompañar al general Vallen habían accedido gustosas, víctimas del pánico, fueron todas encarceladas tras un breve juicio ante una máquina jurídica.

(En realidad, la máquina de la ley la accionaban los hombres).

Al día siguiente, cuando regresó a Méjico, Sven Gueda se trasladó a Potosí. A prudencial distancia de donde fuese destruida la factoría dirigida por el profesor Libman, Efigenia estaba construyendo otra.

En realidad, se fabricaba ya el gas, mezcla de hidrógeno y nitrógeno, que componían el «fuego invisible», unido a otros gases básicos a la vez que se instalaba la factoría.

En una especie de tienda de campaña, la incansable físico, ordenaba, disponía, mandaba y dirigía con una energía verdaderamente admirable. No le faltaban hombres, ni materiales, ni transportes. Todo se lo facilitaban con una diligencia providencial.

Así la encontró Sven Gueda, dando órdenes.

—¡Oh, mi vida! —exclamó ella, al verle—. ¡Me alegro infinito

que hayas vuelto!

Se abrazaron ante los técnicos y científicos que rodeaban el «puesto de mando» de Efigenia.

—Ya ha terminado la sedición. Vallen, Liitg y Drago han muerto.

—¡Pero si me dijeron que Esmet Drago estaba prisionero!

—Sí, Kanata le capturó. Pero ¿sabes lo que hizo ese salvaje coronel?

—¿Qué?

—Sin previo juicio, arrojó a Drago sobre el continente africano, al regreso del Tibet. Si no hubiesen habido los saurios, la caída desde seis mil metros de altura era más que suficiente…

—¡Qué horror!

—Yo pensé en el profesor Libman, en María Atoyac y en los millares de seres que trabajaban aquí… Confieso que casi me alegré al ver caer a Drago.

—Bueno, olvidemos eso. —Efigenia se volvió a un ingeniero que se había acercado con una tablilla y una estilográfica eléctrica—. ¿Qué hay, Bron?

—Desde Argentina nos envían en aeronaves cien toneladas de «mezcla». Llegarán y…

—¡Bravo! ¡Ya podemos iniciar la contraofensiva!

—Se han dado mucha prisa. ¿Quién está al frente de aquello?

—El físico Rops, Elmer Rops. Fue amigo de mi padre, quien siempre conservó de él un grato recuerdo —contestó Efigenia, emocionada—. Sabía que no me defraudaría.

Durante toda aquella tarde estuvieron llegando aeronaves a la dilatada explanada de la cuenca del Pánuco. Un verdadero ejército de hombres, ya ataviados con atuendos antitérmicos, y provistos de aparatos parecidos a lanzallamas, frutos de una técnica tan depurada como rápida, recogieron las «cargas» de «fuego invisible» que les correspondían. Inmediatamente, se trasladaron a los «disco-*jets*», «hélico-*jets*», autobólidos y simples autogiros, de todos modelos y tamaños, antiguos y modernos, rápidos y lentos, que ya ocupaban las dotaciones militares elegidas.

Desde una cabina de control, un general del ejército dio las instrucciones, rugiendo su voz por diez mil altavoces:

—El ataque se efectuará mañana, a las 07’00 horas en punto… ¡Pongan todos sus relojes en hora! Son las cinco y media y dos

minutos. Conviene la más exacta puntualidad, para abreviar en lo posible la duración del intenso calor que se desarrollará en todo el planeta invadido.

»Cada uno de los aparatos ocupará el sector que previamente les ha sido asignado.

Muchos tenían que darse prisa.

Debían cruzar el Atlántico, aunque de esto se encargarían las aeronaves rápidas y superrápidas. Los viejos autogiros se dirigirían a las costas americanas, a las islas de las Antillas.

Mientras, en la sección de Efigenia, las órdenes eran raudas, enloquecedoras.

Incluso Sven Gueda, simple visitante, pronto se vio envuelto en aquella marea de órdenes, gritos y exclamaciones.

—¡Llega nueva «mezcla»!

—¡Llévenla a la sección «E»; debe partir para Europa inmediatamente!

—Más cápsulas de wolframio.

—¡Para la India! Han de estar allí antes de media noche para su rellenado.

—¡Aprisa, ustedes, pónganse esos trajes antitérmicos!

—Nos comunican de la Antártida que se han ultimado los refugios. Ya están instalando a los refugiados.

—¿Qué dicen de Groenlandia?

—No hay noticias. Parece que existe avería en las comunicaciones radiales.

—Smith, ¿dónde está el ingeniero Smith?

—Aquí. ¿Qué ocurre?

—La máquina de rellenado número 1205 no funciona bien… ¿Qué puede ocurrir?

—¡Nada, retírenla! No hay tiempo para reparar nada.

—¡Llegan diez aeronaves de la factoría de Canadá, señorita Collins!

—¿Aquí? ¿Están locos? Se previo que irían a Noruega después del primer envío aquí… ¡No les dejen tomar tierra!

—¿Quién debe mandarnos más cápsulas? ¡Necesitamos cien mil más!

—Estarán aquí a las siete y media. Es para la sección nueve…

—¡Las tropas del coronel Kanata solicitan intervenir en la lucha!

—No hay atuendos antitérmicos para ellos. Que ayuden a llevar refugiados a la Antártida…

¡Aquello era una caótica Babel!

Sólo un espíritu admirable —¡tal vez divino!— mantenía vivo el orden, cierto orden, por cierto, y en donde se vio que los hombres sabían obedecer, improvisar y coordinar con tal precisión y acierto que, a la hora prevista, todos los aparatos, llevando sus cargas de «fuego invisible», habían partido hacia los distintos lugares de La Tierra invadidos por los saurios.

Y en la vasta llanura de la cuenca del Panuco, en donde sólo quedaban máquinas vacías, inmóviles, esperaba un gigantesco aparato volador, enviado por el Presidente de la Comisión Universal de Ciencias para que desde él, ya que estaba provisto de los mayores adelantos de la técnica del siglo XXII, Efigenia Collins y sus más allegados colaboradores pudieran dirigir la enorme operación de exterminar en pocos minutos la más grande plaga de gigantescos saurios que haya podido soñar nadie.

Todos habían partido.

Sólo en la tienda de Efigenia Collins, apagada la luz, esperaban dos personas, tomando un emparedado y una taza de café.

Eran Efigenia y Sven.

—Ya está todo listo —musitó la voz de ella, en la oscuridad.

—¿Crees que tendremos éxito?

—Estoy segura, Sven. Si fracasamos en la prueba el resultado será apocalíptico.

—¿Qué puede ocurrir? ¿Lo sabes?

—Nada, excepto que la unión de tanto fuego acabe con la atmósfera, con el agua, con la tierra y… ¡con todos nosotros!

—Eso significaría un cataclismo celeste. Lo he oído decir a un astrónomo.

—Es posible. Pero no pensemos en eso… Creo que la raza humana tiene una misión mucho más dilatada y remota que la de perecer aquí, en este trance angustioso.

Una luz osciló en la noche, fuera de la tienda.

Se acercó.

Su destello hizo volverse a Sven.

—¿Quién anda ahí?

—Soy Sherrard, señorita Collins. El Presidente les aguarda hace

rato.

—Que siga aguardando —replicó Efigenia, desabridamente—. Estamos salvando su imperio y creo que nos debe algo.

—No es aconsejable incurrir en su enojo —agregó Sherrard, apareciendo en la entrada de la tienda que poco antes era cuartel general dirigiendo a millones de seres humanos.

—¿Qué quiere insinuar, Sherrard?

—Nada, señorita… ¡Nada, de veras!

—¿Teme que una vez restablecida la tranquilidad y exterminados los saurios pueda volcar el Presidente su cólera sobre nosotros?

—No quiero decir eso —se apresuró a responder Sherrard, cabizbajo—. Pienso que al Presidente le gusta más que le sobre una hora en la espera del gran momento a que le falte un minuto. ¡Mucho depende de esto!

—Lo sé yo mejor que él —contestó Efigenia—. Y le voy a decir algo a usted solo, Sherrard. No vamos a pedir recompensa por lo que hemos hecho, ¡bien lo sabe Dios! Si tenemos éxito, y la humanidad se salva de su destrucción, tanto Sven Gueda como yo pediremos que nos dejen ir a los confines del cosmos, libremente, en algún mundo paradisíaco, donde formaremos nuestra propia dinastía.

—No creo que les nieguen nada —contestó Sherrard, ciertamente aliviado.

Sven y Efigenia captaron aquel alivio y ella preguntó:

—¿Teme el Presidente que exijamos demasiado por esto?

—¡Oh, no; claro que no! Pero… Se rumorea que ustedes…

—¡Aún quedan mezquinos sobre este planeta! —exclamó Sven, poniéndose en pie—. No, Sherrard; nosotros no somos como Vallen, Drago y Liitg. Somos humanos… ¿Vamos, querida?

—Sí, vamos… ¡Y que Dios se apiade de nosotros!

* * *

El metálico pájaro enviado por el Presidente del
C. U. C.
se cernía sobre el inmenso cielo.

Allá abajo estaba el corazón de África.

¡Era un continente engullido por saurios que se reproducían en un ambiente propicio de humedad!

Pero la gran batalla iba a iniciarse.

En toda la periferia cubierta por los saurios, África, Europa, Asia y América, millones de aeronaves provistas de «lanzallamas» de wolframio, conteniendo miles y miles de kilos de «fuego invisible», esperaban la orden de empezar a disparar.

El ataque sólo duraría medio minuto, un minuto, todo lo más. Y en aquel breve espacio de tiempo, siglos de civilización e historia, los que ahora yacían bajo las garras de la masa de plagiotremas invasores, desaparecerían aniquilados por el rayo.

¡Todo sería destruido!

Y la incógnita era si luego podría ser reconstruido de nuevo.

En realidad, la historia del hombre sobre la tierra ha sido siempre igual: Destruir, para reconstruir luego. A esto se debía el progreso.

Pero ¿y si La Tierra se desintegraba bajo el poder calorífero de aquella masiva oleada de «fuego invisible»?

Éste era el general temor.

Y los minutos que faltaban para comprobarlo se iban acortando.

En la gran cámara del aparato volador, a tres mil metros de altura, varias docenas de pantallas visoras mostraban a Efigenia Collins y a los hombres y mujeres graves que la rodeaban, expectantes, el escenario fantástico e irreal en donde se iba a dar la inmensa batalla.

Un reloj electrónico, entré las pantallas de gran tamaño, marcaba las 06’56.

¡Sólo faltaban cuatro minutos!

Sven Gueda se acercó a Efigenia y le tomó la mano.

Ambos temblaron.

Un mudo interrogante apareció en sus ojos.

—Todo está dispuesto… ¿Moriremos o viviremos? —preguntó él.

—Viviremos —respondió Efigenia con voz extraña—. ¡Dios nos ha iluminado!

¡Las seis menos tres minutos!

El Presidente de la Comisión de Gobierno Centroamericano sudaba. A un alto consejero que había a su lado le preguntó:

—¿Estamos a suficiente altura del suelo para escapar a la ola de fuego?

—Han dicho que sí.

—¿Y los miles de millones de refugiados en los polos?

—Nos han comunicado que todos rezan.

—Eso debemos hacer nosotros.

¡El reloj marcó las 06’58!

Efigenia se acercó al micrófono que tenía sobre la mesa. No soltó la mano de Sven Gueda. Estarían juntos siempre, ¡aun en la eternidad!

—Atención… Atención… ¡Habla Efigenia Collins! Operación «Z»: ¡disparen los expulsores de las cápsulas!

¡Todo el mundo contuvo el aliento!

Podían estar dos minutos sin respirar. Y luego…

—¡Atención! ¡Preparados para remontarse rápidamente! ¡No pierdan la calma!

¡En aquel momento el reloj marcó las 07’00 en punto!

—*¡Fuego!* —gritó Efigenia con una voz enérgica, llena de decisión y sonoridad.

Fuego, fuego, fuego, fuego, fuego…

¡Miles de gargantas repitieron la palabra!

Sobre la superficie de la tierra se produjeron espantosas convulsiones, se agitaron mares, montañas, valles… Se incendió el aire, el agua, la tierra…

¡Y ardieron los billones de gigantescos saurios que la invadían!

Miles de aeronaves se vieron lanzadas al aire caliente y desintegrante, arremolinadas como si fueran briznas de paja sacudidas por el más violento de los huracanes.

Todos los hombres que en ellas estaban fueron lanzados al suelo, y el mayor caos que conocerse pueda se apoderó por breves segundos de la atmósfera terrestre.

Por fortuna, no llegó a medio minuto.

Luego, el intenso calor, que sólo había desintegrado a los saurios empezó a descender a calmarse. Las aguas se calmaron también y un silencio espantoso reinó sobre la superficie de La Tierra.

Un silencio angustioso, vital… ¡El silencio de las eternas sombras!

Pero también duró poco. Una voz lo rompió gritando por un

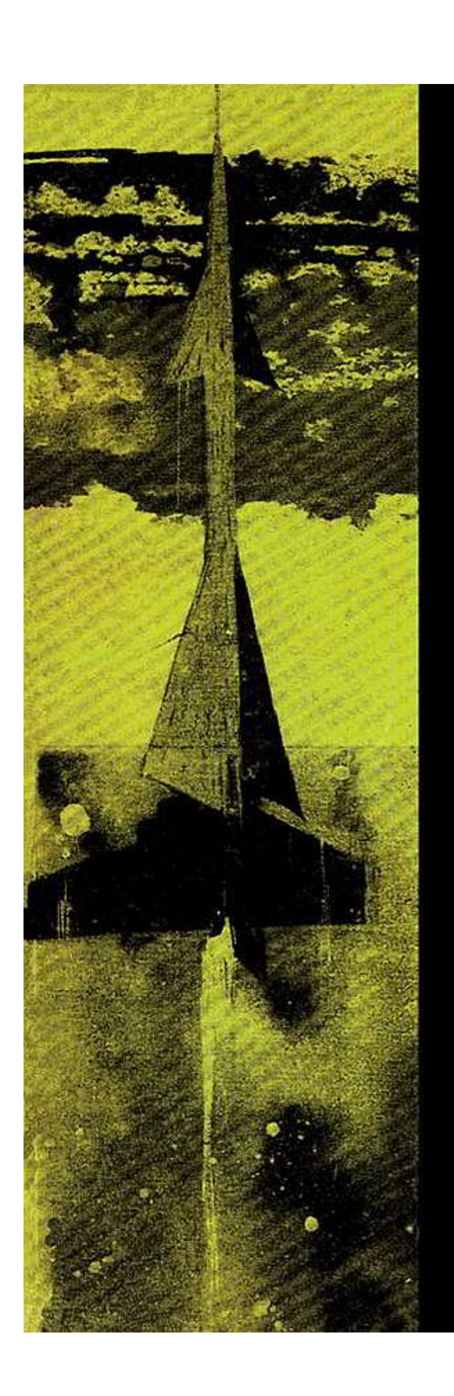
altavoz múltiple, el cual pudieron escuchar doce mil millones de angustiados seres:

—¡Nos hemos salvado! ¡Gracias, Dios nuestro; gracias!

¡Era la voz de Efigenia Collins la que gritaba!

¡Y era cierto! ¡La Humanidad se había salvado!





Próximo número:

Allí no había nadie y, sin embargo, ''aquello'' era una...

CIUDAD OCUPADA

Autor :

LOUIS G. MILK

Precio: 8 ptas.



Pedro Guirao Hernández (Cehegin, Murcia, 9 de octubre de 1927 — Barcelona, 29 de septiembre de 1993). Usó multitud de seudónimos, tales como: Steve Mackenzie, Susan Joyce, Walt G. Dovan, Eric, Jeff Storey, Abel Colbert, Peter Kapra, PhilWeaber.

Inició su carrera literaria en los años cuarenta dentro de los géneros policíaco y de aventuras, aunque al igual que muchos de sus colegas, fue un auténtico todoterreno que, a lo largo de las cuatro décadas durante las cuales estuvo activo, abordó todo tipo de géneros literarios, no sólo los propios de los bolsilibros, sino también otros tales como el realismo fantástico, el erotismo, la divulgación científica o la entonces incipiente informática. No me ha sido posible conseguir ninguna fotografía suya, y el único retrato que conozco es el existente en su libro EL EXTRATERRESTRE, publicado en 1979, del que es autor Juan Bautista Miquel, ilustrador del mismo.

Corría el año 1959 cuando Pedro Guirao probó suerte con una nueva incursión en el género, en esta ocasión con la novela titulada DOS CEREBROS IGUALES, publicada con el número 133 de la colección Espacio, de la editorial Toray. Tal como era habitual en estas colecciones, la novela apareció firmada bajo el seudónimo anglosajón de Walt G. Dovan. Un año más tarde, en 1960, Guirao

publicó CUATRO A MERCURIO, su única colaboración en la colección Luchadores del Espacio, de la que hace el número 167, en esta ocasión recuperando su antiguo seudónimo de Peter Kapra debido, probablemente, a que las editoriales solían exigir a los autores seudónimos exclusivos.

Pese a que nuestro escritor acabaría desarrollando una larga y fructífera carrera en diferentes colecciones de ciencia ficción, convirtiéndose en uno de los más prolíficos autores españoles del género con un catálogo que rebasa los 250 títulos entre originales y reediciones, lo cierto es que en los primeros años sesenta se prodigó muy poco ya que, aparte de los guiones y de las dos novelas citadas, tan sólo participó, ya en 1962, en la efímera colección Naviatom, de la editorial Manhattan. Eso sí, la totalidad de los cuatro títulos que componen la misma salieron de su pluma, dos firmados como Walt G. Dovan y los dos restantes como Peter Kapra y Eric Börgens respectivamente, y también hubiera sido suya, de haber sido publicada, una quinta novela que quedó inédita y que fue anunciada bajo el seudónimo de Eric Börgens.

La muerte en 1993 de Pedro Guirao coincidiría con la desaparición definitiva del género que él tanto contribuyera a mantener, lo cual no deja de ser una significativa coincidencia.